

MARÍA, EVANGELIO EN EL EVANGELIO



Juan Manuel del Río Lerga

“Desde ahora
me llamarán bienaventurada
todas las generaciones”
(Lc 1,48)

Dedicatoria:

A Monseñor Oscar Arnulfo Romero
gran devoto del Perpetuo Socorro,
que será canonizado
el 14 de octubre del 2018.
Y a cuantas personas se afanan
por difundir la devoción
a la Santísima Virgen María,
porque ella, con su amor de Madre,
es evangelio en el Evangelio.

1ª PARTE:



MARÍA, EVANGELIO EN EL EVANGELIO

PÓRTICO

Amable lector/a:

En el Evangelio nos encontramos con la figura humilde y sencilla, pero al mismo tiempo, radiante, transcendente, maternal, humana y cercana, de María, la Mujer más importante y central en la Historia de la Salvación.

Son pocas las veces que María aparece en el Evangelio. Pero es siempre con un protagonismo importante y significativo. Bien puede decirse que está, por voluntad de Dios, omnipresente en toda la Historia y Vida de la Iglesia.

María no es Dios, sino creatura como nosotros. Pero es conocida, amada y venerada, con innumerables títulos y advocaciones; y con un culto sin igual, que el pueblo cristiano (e incluso no cristiano) le ha dado a lo largo de los siglos.

En la 1ª parte de este librito veremos a María en cuanto tal, partiendo del Evangelio. De ahí el título: *María, evangelio en el Evangelio*.

En la 2ª parte la veremos bajo la advocación más mundialmente conocida de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, bajo el epígrafe de: *El Icono de copiosa Redención*.

MARÍA, VISTA DESDE EL EVANGELIO

El Evangelio, la fuente principal para conocer a María.

El Evangelio es la clave para conocer y saber quién es María. Hay en el Evangelio cuatro momentos, puntuales y muy importantes, donde la figura de María cobra una dimensión transcendental. Curiosamente, los cuatro guardan relación directa con su vocación de Madre.

El primer momento, es en la *Anunciación* (Lc 1, 26-38): el Arcángel Gabriel se le aparece para comunicarle el mensaje de Dios: Va a ser Madre del Dios hecho Hombre. El segundo, tiene lugar en las *bodas de Caná* (Jn 2, 1-10). Igual que su Hijo y que los apóstoles, también ella está invitada. Y su comportamiento como madre es decisivo para que Cristo convierta el agua en vino. El tercero, cuando *Cristo agoniza en la cruz* (Jn 19, 25-28). Al pie de la cruz, como madre doliente, pasa a ser Madre de todos los seguidores de su Hijo. El cuarto, enormemente significativo, el día de *Pentecostés* (Hch 1, 12-15). Allí reciben los apóstoles la fuerza del Espíritu Santo. Y allí, en medio de ellos, está María, ejerciendo su papel primordial e insustituible de Madre.

Fundamentalmente, pues, la vocación de María, por designio del mismo Dios, es ser Madre. Maternidad que va mucho más allá de la simple maternidad biológica. Es Madre de Cristo, sí; pero siendo Madre en orden a la Redención, es, al mismo tiempo que Madre de Cristo, también de toda la Humanidad. Esta es su vocación. Y su grandeza al mismo tiempo. Con razón pudo exclamar: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor..., porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí”* (Lc 1, 46 y ss.).

Protagonismo eficiente y silencioso de María.

A partir del Evangelio, y continuando por toda la historia del cristianismo vivido en la Iglesia, es como podemos conocer mejor la figura sin parangón de la Santísima Virgen María, la Mujer elegida por Dios cuando Dios determina hacerse Hombre en Jesucristo.

María es una Mujer excepcional; por voluntad y elección de Dios. Pero su elección para ser Madre de Cristo, el Dios encarnado, no la hace divina. Es una mujer de carne y hueso. Esta realidad es cabalmente lo que la hace ser tan cercana a nosotros. Dios ha hecho maravillas en ella sin despojarla de su realidad humana. Que es lo que le da todo el valor ejemplarizante, personal y estimulante, para cristianos y no cristianos.

El hecho de estar preservada de la herencia del pecado original no la priva de ser una mujer normal. Su maternidad divina no la diviniza, pero la

eleva a una categoría única, y tan sublime, que hace que volvamos los ojos hacia ella viendo en ella la mejor intercesora que tenemos ante Dios. María es la Mujer que no siendo Dios está por encima de todo lo creado. Ella engloba toda la historia de la Salvación. Prefigurada en distintos pasajes del Antiguo Testamento. Es quien abre las puertas del Nuevo Testamento para dar entrada a Cristo, razón, centro y culminación, de toda la Creación.

¿Entendió María hasta dónde la elevaba el mismo Dios? Seguramente no. Nos sucede a nosotros lo mismo. ¿Somos capaces de comprender la grandeza que nos supone ser hijos de Dios por el bautismo? Seguramente no. ¿O la incomparable maravilla y suerte de haber nacido y estar en la existencia, en la Vida? Sin embargo, y a pesar de no comprender a plenitud, nos sentimos infinitamente felices, y agradecidos a Dios.

María, por ser una mujer real, de carne y hueso, vive las etapas de la vida con total normalidad. Y en el reloj biológico, le llega la hora de hacerse novia. Y es la prometida de José, primero, y luego su esposa. Sólo que Dios actúa, y de qué modo, para que se cumpla su voluntad de salvar al mundo. Y Cristo vendrá al mundo como Hijo de Dios. Su fe de mujer creyente es la fe de una mujer del pueblo, sencilla y humilde. Una fe que es al mismo tiempo confianza y entrega a Dios. Su fe es una fe dinámica puesta continuamente a prueba por la realidad de la vida. Siente a Dios presente, en su historia personal de mujer y en la historia de su pueblo que espera al Mesías. Y lo siente en el devenir de la historia. Una historia que seguramente no aprendió tanto en los libros, cuanto en su corazón.

Las mujeres de su tiempo no tenían fácil acceso a la cultura transmitida en los libros. Pero aprendería sin duda en la transmisión oral de la historia contada y transmitida de padres a hijos. De este modo sabe que Dios es: el “Todopoderoso” (Ex. 6,3); el “Altísimo” (Gn. 14,18-22), el “Dios justo y salvador” (Is. 45,21), el “Santo” (Ex. 15,11), el que “reina por siempre jamás” (Ex. 15,18). Y María hace de Dios el centro de su vida.

La vocación de María es la maternidad.

Una maternidad por vocación. Dios la llama a ser Madre. María es para su Hijo. La misión de María en el mundo es ser la Madre de Cristo, y por voluntad de Cristo, también de toda la humanidad. El grito de Jesús, en la cruz, *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* (Mc. 15,34), cuya respuesta es el silencio, aparente, de Dios, es como si Dios le dijera: No estás solo, tu Madre está contigo.

Al pie de la cruz, la figura de María cobra una importancia y un relieve inusitados, trascendentes y transcendentales. Y así, unida a Jesús en su vida y en su fe, en su amor y en su entrega confiada, también ella puede decir con su Hijo Cristo: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lc. 23,46). En tus manos, Padre, deposito a mi Hijo, que no es mío, sino tuyo. Y con

este Hijo te entrego también todos los demás hijos, nacidos de tu amor de Padre, manifestado en Cristo. Todo tan normal y tan sublime. Y es que, las cosas de Dios suceden de manera tan sencilla, que todo parece normal. Y sin embargo, son de una envergadura colosal. María creyó en Dios y se fió completamente de él. Y Dios no falla nunca. Dirige la Historia con sabiduría y amor.

Pero a María hay que verla no sólo en los momentos más trascendentes de su relación con Jesús. Hay que verla también en la cotidianidad, a sabiendas, no obstante, de que la cotidianidad en Cristo, como en María, siempre es trascendente. Y así, por ejemplo, cuando asiste a una boda en Caná, de Galilea, que seguramente no sería la única boda en la que participaría, cobra un protagonismo silencioso y excepcional, célebre por los acontecimientos allí habidos; un hecho, al menos en apariencia, normal; uno más de la cotidianidad de su vida. Pero ante Dios, trascendente y sublime.

Un protagonismo callado y eficiente.

María es una persona real y muy normal. Sufre cuando hay que sufrir, y goza cuando hay que gozar. Como cualquiera de los humanos. Quitarle realidad y humanismo sería falsear la historia y no enterarse del plan de Dios. Su inserción en la realidad cotidiana, pone de relieve el papel tan importante que María desempeña en el diario acontecer de la vida.

Como mujer que es, no pierde detalle de lo que sucede. Está atenta a cualquier eventualidad que se presente y donde ella pueda ayudar y ser útil. Pronto se da cuenta de que comienza a escasear el vino. Y de modo discreto y eficiente, se preocupa de que ni los recién casados adviertan el fallo o escasez de vino. Quiere que estén bien, que lo pasen bien; que sea el día más feliz de su vida.

Con qué dulce autoridad, que no autoritarismo, actúa María. Tiene experiencia como ama de casa, sabe que a la mujer le corresponde sacar adelante el hogar. Y asume un protagonismo, necesario y eficaz, que pasa desapercibido hasta para los novios e invitados al banquete de bodas. Ese es el verdadero y auténtico protagonismo: hacer que todo funcione sin que se advierta su presencia. Mover los hilos sin que se vea la mano que los mueve. Y cuando el milagro realizado por Jesús, de cambiar el agua en vino se produce, es posible que muy pocos dentro de la misma boda llegaran a enterarse. Y en todo caso, en ese momento se fijarían más bien en Jesús, que es quien lo realiza; y no en María, por quien se produce el milagro.

María es un canto al amor humano.

La presencia de María en Caná es, al mismo tiempo, un canto al amor humano y al amor divino. Ambos son inseparables. Es ella quien empuja a

su Hijo a que intervenga, ante la delicada situación que por falta de vino se puede producir, de que la fiesta decaiga, y de que la boda, motivo de celebración gozosa y festiva, termine siendo un desbarajuste.

Y así, sin aspavientos, sin que nadie lo advierta, pone a Jesús en el centro de la escena. Jesús pasa a ser el protagonista de la fiesta, de la alegría que conlleva la boda, sin quitar para nada protagonismo a los verdaderos protagonistas de la boda, los novios. Pero de fondo, hay otro protagonismo: el de María que, a su vez, lanza a su Hijo a un protagonismo casi desapercibido, pero tan importante que inaugura los signos de Jesús.

Sin María, no hubiera actuado Jesús. Y sin ellos, la boda de Caná hubiera sido una más, que no habría pasado a la historia. Una boda, por Cristo y por María, tan rica de simbolismos. Lo primero, la presencia de Dios hecho Hombre, en medio de los nuevos esposos. Unas tinajas, vacías, léase el corazón vacío de amor, que se llenan del agua cotidiana para vivir, y que a su vez se convierte en vino, plenitud del amor que alegrará para siempre la vida de los contrayentes. Un vino, el mejor, guardado para el final. El verdadero amor se conoce mejor al final. Es fácil amarse al comienzo, cuando la fuerza de la pasión une a dos personas; cuando son los cuerpos los que hablan. Pero lo importante es que hablen las almas. Este es el auténtico vino de solera, amor genuino, del final. Un vino que llena las tinajas hasta el borde, hasta arriba, sin tacañerías, sin egoísmos.

En esta boda, los protagonistas no fueron los novios; ni siquiera Cristo, si bien es cierto que sin él no hubiera acontecido el milagro. La protagonista verdadera, de presencia callada, pero de materna autoridad revestida, fue María. La Historia de María, prefigurada a lo largo y ancho de toda la Biblia, culmina en el Evangelio, y se prolonga en la vida de la Iglesia y en cada uno de sus hijos.

MARÍA, MADRE DE LA BUENA NUEVA

María es colosal, tanto en su significado de figura simbólica y significativa en el cristianismo, como en el lugar que ocupa en la Historia de la Salvación. Es una fuerza religiosa y avasalladora que empuja dulcemente a ir al encuentro de Dios. En verdad que Dios ha hecho maravillas en ella, podemos decir también nosotros, los cristianos.

El pueblo cristiano ha sabido captar muy bien la grandeza de María y se ha identificado con ella, precisamente, desde su humildad. Ella se sabe pobre, una más entre los pobres. Y cuando Dios irrumpe en ella y la eleva a tan alta categoría, sabe reconocer que todo lo que está aconteciendo es obra de Dios, y sólo de Dios; que ella es sólo la *“humilde esclava”*. Y aquí, la palabra *“esclava”* nada tiene que ver con estar marginada, sojuzgada o aplastada por nadie. Es, por el contrario, el reconocimiento de que ante Dios no somos apenas nada. Todo se lo debemos a Dios. Por eso se alegra en Dios, su salvador, que ha mirado la pequeñez de su esclava. Y glorifica a Dios, *“porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”* (Lc 1, 49). Ante esta actitud, el pueblo cristiano ha sabido identificarse con María, porque ha visto en ella la realidad que somos, el lugar que nos corresponde en la vida, y que todo se lo debemos a Dios porque sólo él es grande. Ensalzada por el mismo Dios, ella el mejor camino para llegar a Cristo.

La figura de María está entreverada en la Biblia desde sus primeras páginas, hasta culminar radiante en el Nuevo Testamento, tal como la presentan los cuatro Evangelios, el Libro de los Hechos de los Apóstoles, y el Apocalipsis. Dios se ha volcado en ella, de ahí que su luz ilumine con tanta fuerza el corazón y la conciencia de los cristianos. Y de otros, que no siendo cristianos intuyen el significado y grandeza de María en manos de Dios, y su cariño maternal hacia todos los seres humanos.

De ahí que resulte muy apropiado decir que María es evangelio dentro del Evangelio. Buena nueva dentro de la Buena Nueva. Y como señala el Papa Francisco en la *“Evangelii Gaudium”* (La Alegría del Evangelio): *“Cada vez que miramos a María volvemos a creer en la revolución de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes”* (n.288).

En consecuencia, es lógica y natural la gran devoción a la Virgen María que el pueblo ha sabido expresar de tan distintas maneras: fervor, devoción, advocaciones, templos... Y la Iglesia, a su vez, la resalta en los dogmas marianos, como son la Maternidad Divina, la Inmaculada Concepción, o la Asunción a los Cielos en cuerpo y alma. Dios la destinó a

ser su Madre. Y por gracia, desde la Cruz, también nuestra. Madre por vocación, en el deseo expreso del Altísimo que la creó Inmaculada. María es como la suprema exaltación de la belleza que el Creador ha puesto en todas las cosas.

María se convierte así en gozo, en evangelio, y alegría para todos los creyentes, por estar en sintonía perfecta con el Evangelio, en letras grandes. El Evangelio es Buena Nueva, Mensaje gozoso. Sobrada razón hay, pues, para que a María se la invoque también como Nuestra Señora de la alegría. Tomando prestado el título de la Exhortación *Evangelii Gaudium*, bien podemos aplicarlo a María y decirle: Tú eres la Alegría del Evangelio. Es decir, María es Buena Nueva, dentro de la Buena Nueva. O, dicho de otra manera: Evangelio en el Evangelio.

Si, como dice el Papa, “*la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*”, con mayor motivo llena el corazón de María. El centro de nuestra fe es siempre Cristo. Y María supo girar en torno a ese centro. Desde su silencio elocuente de Madre, vivió sin duda en su corazón el gozo de ver a su Hijo pasar “*haciendo siempre el bien*” a todos. Llevando para todos consuelo y esperanza. La alegría de ser perdonados, a unos; el gozo de haber recobrado la salud, o la vista, o la movilidad de sus miembros, a otros.

También María ha pasado por el mundo haciendo el bien. Ella, igual que Cristo, estuvo, está, y seguirá estando siempre con los más débiles, con los más necesitados, como “*Madre del Evangelio viviente*”. Ése es su gozo y su alegría; y, como por ósmosis, añadiremos: y nuestro gozo y nuestra alegría.

Qué oportuna, y vivificante, resulta al respecto, la Exhortación del Papa Francisco *Evangelii Gaudium*. Toda una exhortación, nunca mejor dicho, a la alegría que mana del Evangelio. En el n.5 escribe: “*El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría. Bastan algunos ejemplos: «Alégrate» es el saludo del ángel a María (Lc 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1,41). En su canto María proclama: «Mi espíritu se estremece de alegría en Dios, mi salvador» (Lc 1,47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: «Ésta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud» (Jn 3,29). Jesús mismo «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Su mensaje es fuente de gozo: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena» (Jn 15,11).*

Y nosotros, sus hijos, con el ángel le decimos: “*Alégrate, María, llena de Gracia, el Señor está contigo*”. (Lc 1,28). Y en ella nos alegramos todos, por ser María evangelio en el Evangelio.

MARÍA, TAN HUMANA Y TAN DIVINA

María hizo posible el nacimiento de la Iglesia.

Cualquier país cristiano que uno recorra, se encontrará siempre con ermitas, capillas o templos, dedicados a la Santísima Virgen María. Y son incontables las advocaciones marianas con que el pueblo cristiano le manifiesta su amor, ternura, cariño y devoción.

No es algo nuevo. La presencia de María ha sido una constante en la Iglesia desde el origen mismo del cristianismo. Antes de que Cristo, estando en la Cruz, nos la entregara por Madre, antes del nacimiento oficial de la Iglesia en Pentecostés, donde ella estaba presente, mucho antes, cuando su Divino Hijo comenzaba a formarse en su seno virginal, ella había dicho proféticamente, en el encuentro con Isabel: *“Desde ahora, me felicitarán todas las generaciones”* (Lc, 48). No estaba pensando en ella, por ella, al pronunciar estas palabras, sino en el Dios *“que ha hecho maravillas”*. Fueron estas palabras respuesta a la alabanza que le acababa de lanzar su prima Isabel: *“¡Bendita tú entre las mujeres...! ¡Bendita tú, que has creído!”* (Lc 1,42.45).

En la Anunciación, el Ángel Gabriel la saludó con aquel festivo y alegre *“Haire, María”, “Alégrate, María, llena de gracia”* (Lc 1, 28). Y desde entonces, el mundo entero participa de su gozosa alegría, y lo manifiesta alzando en su honor, catedrales, templos, ermitas. Si bien es cierto que todo lugar de culto va dirigido a Dios en Cristo, esto no obsta para que el pueblo cristiano sepa acudir indistintamente al Hijo y la Madre, porque los dos están inseparablemente unidos. Donde está el Hijo está la Madre. Y en la Madre, estamos todos sus demás hijos, los seguidores de Jesús (Ap 12,17). Se ha dicho, con verdad, que la Iglesia nace del costado de Cristo, abierto por la lanza que le clavó el soldado romano: *“Al instante brotó sangre y agua”* (Jn 19,34), de clara connotación bautismal.

Cristo es el Nuevo Adán, como lo expresa la Carta 1ª a los Corintios (15,21-28), haciendo comparación paralela entre el primer Adán, el del paraíso, de tierra y divina hechura creado, pero que permanece tierra, es decir, pecador. En cambio, el segundo Adán, Cristo, sublima y eleva al Adán del paraíso, hasta hacerlo “poco inferior a los ángeles”. *“Lo has hecho un poco inferior a los ángeles; lo has coronado de gloria y honor, y lo has puesto sobre las obras de tus manos”* (Hbr 2,7). De este modo, San Pablo contrapone al primer Adán, como representante de la humanidad pecadora, con el segundo, Cristo, autor de la Salvación. Y así, Cristo, es Señor del universo. Señor de la Historia. El Señor, como lo presentará el Apocalipsis.

Y bien, la Iglesia, nacida del costado de Cristo, toma carta de oficialidad en Pentecostés. Aunque, conviene señalar, cuando la Iglesia comienza a gestarse es en la Anunciación, cuando María da su “Sí” incondicional a Dios (Lc 1,38).

Lugar que María ocupa en la iglesia.

Pablo VI afirmó: “*Ella es verdaderamente la madre de los miembros de Cristo, porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza*”. (discurso de 21.XI.64, al concluir el Concilio Vaticano II). María es para toda la Iglesia un modelo asequible y precioso de fe y caridad, por ser, como dice el Concilio Vaticano II, “*Miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia*” (LG 53).

En ella encontramos una intercesora segura y muy valiosa. Vale leer, al respecto, la *Redemptoris Mater*. María es, podríamos decir, la vía corta para llegar a Cristo. Y todo, en razón de que es la Madre de Cristo. Su figura va asociada, íntima y necesariamente a Cristo. De ahí que su papel en la obra de la Redención sea único e irrepetible. Elegida por Dios para ser la Madre de Cristo resulta ser la mejor abogada de la Salvación que Cristo nos da.

María es una invitación a la santidad.

Una de las cosas que más llaman la atención en María, es que se trata de una persona normal. Siendo tan maravillosa, porque así Dios lo determinó, no alardea de su grandeza. Pasa desapercibida, sólo aparentemente, porque a María le pasa como a la luz. Es imposible que la luz pueda pasar desapercibida. De tal modo se ha metido en el corazón del pueblo cristiano que sin ella el cristianismo no sería lo mismo. María es, para todos, un modelo de santidad, la misma a la que todos estamos llamados. “*Sed santos como vuestro Padre celestial es santo*”, dirá Cristo (Mt 5,48).

Difícilmente se puede llevar y cultivar una vida cristiana y espiritual sin el amor y la devoción a María. Ella es ejemplo de respuesta a la Palabra de Dios, que constantemente nos interpela. Ella es presencia de Cristo, la más fiel seguidora de Cristo y, por consiguiente, la primera en estimularnos al seguimiento de su Hijo, y a la práctica y constancia de los sacramentos, que son la fuerza para el vivir cristiano. En consecuencia, la mejor presencia y acicate para el cumplimiento de nuestros compromisos personales, familiares, y sociales. Con ella a nuestro lado nunca nos faltará el mejor vino, como en las bodas de Caná (Jn 2).

Nuestra devoción a María.

Nuestro amor a María y nuestra devoción a Ella, no es algo pasado de moda, sino algo muy necesario e imprescindible. La razón es que, el amor y devoción a Ella, nos lleva al mismo Cristo, meta de todo cristiano.

Esto lo ha sabido captar, social y antropológicamente, el pueblo cristiano. Basta ver que en los países donde, llegada la Navidad, se coloca “*el belén*”, toda la ternura que ello y su entorno conlleva, alcanza cotas inigualables al ver a María mostrándonos a su Hijo recién nacido. No se trata de una escena sensiblera. Se trata de la inmensa ternura que una joven madre, como es María, siente al tener al Hijo en sus brazos, y poder mostrarlo a todos. Amor de Madre. Y el pueblo cristiano, dotado de una sensibilidad extraordinaria, comparte con ella su gozo y su alegría.

Contemplar al Niño recién nacido, en medio de tanta pobreza y soledad, hasta desembocar en la Pasión y la Cruz, nos lleva a adentrarnos en el Misterio sublime de un Dios que es todo amor y que “*nos ha hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia*” (Ef 2,6). Nos gloriamos, pues, de tener a la Virgen María por Madre. Y nos llenamos de gozo al ser sus hijos y devotos.

CORAZÓN Y SENTIMIENTOS DE MUJER

María, la llena de Gracia, se enteró por el ángel de dos cosas: que Dios le pedía ser la Madre de su Hijo, al hacerse Hombre. (Lc. 1,26-38). Y que *“su prima Isabel, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que llamaban estéril está ya de seis meses”*. *Va a ser madre. Que para Dios no hay nada imposible*” (Lc. 1,36-37).

¿Cuál es la respuesta de María? Antes de nada, quedar enormemente sorprendida por lo que Dios le pide. Nunca se le hubiera ocurrido imaginarse tal cosa. ¡Ser Madre del Dios hecho Hombre! Pero, una vez que ha entendido al mensajero, y el contenido del mensaje, agradece, abre el corazón, y acepta con humildad la voluntad de Dios: *“Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho”* (Lc. 1,38). Y a continuación, abre el corazón al prójimo. En este caso el prójimo más inmediato y necesitado es su prima Isabel, a punto de dar a luz. Se pone en camino y va a Ain Karen para atenderla.

María, Mujer de fe solidaria.

Todo esto es posible desde la fe. Y la fe la lleva a ser solidaria. A salir de sí misma. María no se queda encerrada en sí misma, en plan narcisista. Todo lo contrario. Ni se encierra en su mundo, sabiendo que va a ser madre, en una maternidad que está por encima de toda otra maternidad, en razón del Hijo concebido, ni se lanza a publicar su secreto y personal privilegio, y su alegría consecuente y profundamente humana. María sale de su mundo y viaja a toda prisa a la montaña, a Ain Karen, (Lc. 1,39), lejos, a más de 120 km de Nazaret, para ayudar a Isabel. Es el modo que tiene de ser y sentirse Mujer. Mujer solidaria. Y todo, en aras de la fe en el Dios que se hace pequeño, que se hace solidario. El Dios con nosotros.

En el encuentro con Isabel, al saludo de ésta responde con el Magníficat: (Lc.1,46-55). Y glorifica al Dios de los humildes. El Dios Liberador, Salvador: *“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”*. El Dios de la Santidad. La santidad de Dios es su misericordia infinita para con los hombres. El Dios de los pobres. María es solidaria con el Dios Santo y Todopoderoso, solidario con los humildes, con los explotados, con los parias de la tierra. Pero donde María mostrará su mejor solidaridad será al lado de su Hijo, cuando éste muera en la cruz.

El Dios de la vida, de la solidaridad es el mismo que lleva a Jesús a la pasión y a la cruz por la salvación de todos. Un acto sublime, que los humanos no somos capaces de entender porque rebasa los parámetros de nuestra capacidad de entendimiento.

Una consecuencia se deriva de todo esto: Para ser solidarios de verdad, hay que serlo según lo es Dios, y según lo fue María.

Otro momento clarificador de su solidaridad fue el de las bodas de Caná, en otro momento aludido: “*No tienen vino*” (Jn. 2,3). Pero, ¡vaya que sí tuvieron vino! Y hubo alegría y fiesta. Y su presencia en la boda fue icono de solidaridad y unidad.

Saber estar en el momento oportuno.

Así es María, la que sabe estar en el momento oportuno, allí donde se la necesita.

El Papa Francisco, a este propósito, dice en el n.286 de la Evangelii Gaudium: “*María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios*”.

Así se nos muestra María, como una Mujer de sentimientos y de corazón. Porque el corazón es una puerta que nunca se cierra, que siempre está abierta a los demás. Y los demás, se llaman Dios y el prójimo. Que Dios está, sobre todo, en los más necesitados. En ellos es donde más pronto lo encontramos.

Un mundo de pobres.

Quizá la peor de las lacras sociales en la actualidad es la pobreza. Una pobreza que, si por un lado es real, es artificial al mismo tiempo. Que es real a la vista está. Y que es artificial, también. Porque la pobreza, al menos en su extrema gravedad, es evitable. La tremenda desigualdad entre unos y otros, en el mundo actual, es el sarcasmo más blasfemo de todos los tiempos contra el mismo hombre.

Además, la pobreza crea bolsas tremendas de incultura. La incultura lleva a la marginación. Gente que podría ser de gran provecho a la humanidad, pero cuyo talento jamás será aprovechado; gente que pasará desapercibida, porque la falta de recursos les impide ir, no sólo a una escuela superior, o a una universidad; es que, ni siquiera a una escuela primaria. Sin contar el problema de convivencia social que se va creando, por el resquemor que la misma pobreza conlleva.

El mundo que le tocó vivir a María era una sociedad patriarcal y judía, donde la mujer carecía de relevancia social. El pueblo judío, para colmo, estaba sometido económica y militarmente a los romanos. Y así, las hijas pasaban del poder del padre al poder del esposo. Su función principal era la maternidad. Para colmo, podían ser repudiadas fácilmente por el marido. No se le tenía en cuenta ni en la sinagoga. Es célebre el dicho del judío varón, que alababa y daba gracias a Dios por no haberlo creado mujer. Por más que todo, por fuerza de la costumbre, pudiera parecer normal, no lo era; no dejaba de ser una injusticia y una humillación para las mujeres.

María, esperanza para el pueblo cristiano.

El pueblo cristiano tiene sin duda una innata intuición que le hace comprender dónde radica el valor de cada cosa. Y en María vio una llama de esperanza para su diario vivir. Un modelo referencial seguro.

Ella fue humilde, alegre, agradecida. A sabiendas de que Dios la había constituido tan maravillosa. A María no se le subió a la cabeza su privilegio de ser la Mujer elegida por Dios entre todo el pueblo judío para ser la Madre del Mesías. Por más que el Pueblo judío había estado por siglos de siglos esperando este momento, a María ni le pasó por la cabeza pensar que ella podía ser la elegida.

Y de pronto se da cuenta de que Dios está con ella. Esto es lo importante. Y que, por ella, Dios está con todo el Pueblo, sobre todo con los

más pobres y humildes. Y sabe proclamar que Dios *“derriba de sus tronos a los poderosos del mundo”* (Lc 1,52).

Al igual que Cristo, su Hijo, ella acompaña también, con su saber estar, al pueblo que, como ella, tiene el corazón abierto a Dios. La causa de su Hijo es su causa. Y la causa de su Hijo son los pobres. Como dice el documento de Puebla (nº 297) *“María se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, sino que proclama con ella que Dios ensalza a los humildes y, derriba a los potentados de sus tronos...”*.

Urge reconstruir al hombre.

La situación de pobreza opresora y denigrante en que vive tanta gente hoy, pensemos, por ejemplo, en la situación de los emigrantes, en las pateras que con tanta frecuencia se traga el mar, en las mujeres maltratadas, en la explotación sexual de tantos niños por el turismo sexual y aberrante, en los salarios de hambre, en los parados por falta de trabajo, etc. Todo esto, y más, convierte en urgente la necesidad de que la sociedad en general y los gobiernos de turno en particular, todos, reflexionemos al respecto y tratemos de poner límite a esta lacerante realidad. Porque la pobreza es evitable.

¡Cuántas mujeres hay hoy en día resignadas, pero no felices! Y, sin embargo, todos hemos nacido para ser felices. Pero no todos lo consiguen. No estamos solos. Las situaciones ambientales que nos rodean nos condicionan.

El ser humano se reconstruye desde la sintonía con Dios y con los demás. Pero los que ostentan el poderío económico son los primeros obligados a construir un mundo mejor para todos. Y, además, sucede que no hay vida cristiana si no hay sintonía con Dios. Urge, pues, vivir la vida en el Espíritu. Sólo Dios es camino de libertad. Urge vivir en el amor de Dios, porque somos hijos de Dios. Y siendo el amor difusivo, necesitamos amar también a los demás. Y urge amar al estilo de Dios. Amar como Dios ama y amar lo que Dios ama. Nadie mejor que María para echarnos una mano a la hora de poner en práctica esta dimensión del amor.

El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium*, (*La Alegría del Evangelio* n.288). señala: *“Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás ‘sin demora’”*. ¡Sin demora!

Dios ama al hombre, ama al mundo, ama la vida.

San Juan nos dice: *“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único. Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo”* (Jn 3, 16-17). El Dios de María es el Dios de la Historia. Es el Dios

que ama a la Humanidad porque es su creación. En consecuencia, Dios ama todo lo que pertenece a la humanidad, como es la cultura, las religiones, y todo aquello que el hombre legítimamente ama. Dios ama a cada persona en particular. Dios ama a cristianos, judíos, musulmanes, y demás religiones, porque ha enviado a su Hijo al mundo para salvar a todos.

Pero hay que amar, ésta es la base, como Dios ama, y con el amor con que Dios nos ama. La contraseña de que pertenecemos a Dios es el amor. No es la doctrina lo que nos distingue. La identidad de los hijos de Dios es el amor. Dios ama al Hombre. Dios ama la Vida. Dios ama la Naturaleza. Dios ama a María, y en ella encontramos un modelo firme que afianza nuestra esperanza de poder reconstruir al Hombre.

“Somos el *pueblo de la vida* porque Dios, en su amor gratuito, nos ha dado el *Evangelio de la vida* y hemos sido transformados y salvados por este mismo Evangelio. Hemos sido redimidos por el “*autor de la vida*” (Hch 3,15 y a precio de su preciosa sangre (1 Cor 6,20; 7,23; 1 Pe 1,19...)).

Así se expresa el Papa Juan Pablo II en la encíclica “*Evangelium Vitae*”, donde el Papa santo clama por *una nueva cultura de la vida humana*. ¿Cómo no va a amar Dios la vida si es el autor de la misma? Y en el centro de la Vida, María, como reconstructora del Hombre, al colaborar con Cristo en la obra de la Redención.

MUJER JOVEN, ENAMORADA Y MADRE

María mujer joven y enamorada.

Por supuesto, María antes que Madre fue Mujer. Expresado así, parece una afirmación gratuita. Mas, no lo es. Porque situar a María en la dimensión de mujer, es situarla en un mundo real. Y además de real, personal y concreto: mujer. María es, ante todo, mujer. Y como mujer tiene unos sentimientos propios, definidos, intransferibles. Es mujer, y no varón. Luego, su camino, en cuanto persona del sexo femenino, está marcado y definido para siempre como mujer. Inmutable, por consiguiente, en todo su mapa genético. Como mujer, tiene unos instintos y unos sentimientos genéticamente marcados. La estética, la belleza, la coquetería femenina, son prendas que la adornan, como a cualquier mujer. Y sus sueños tenían que ser necesariamente sueños de mujer. Y sin duda, su principal sueño, por primario, sería el de la maternidad. Tanto es así, que cuando Dios interviene en su historia personal para hacerla *Madre de Cristo*, ella ya va por delante, ya tenía establecido su proyecto matrimonial. Dice el Evangelio que “*estaba desposada con José*” (Lc 1,27).

En la cultura judía, desposados no equivale a casados. José y María aún no se habían casado y, en consecuencia, no vivían juntos, cuando ella quedó encinta. San Mateo dice textualmente: “*María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo... Y, el ángel le dice a José: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo*” (Mt 1,18-20).

María mantuvo su virginidad aun durante su vida matrimonial: “*Y, José tomó consigo a su esposa. Y sin haberla conocido, dio ella a luz un hijo, a quien él puso por nombre Jesús*” (Mt 1, 24b-25). Sin haberla conocido, significa: sin haber tenido relaciones sexuales.

En el judaísmo, como en otros muchos pueblos, normalmente eran los padres quienes arreglaban los matrimonios; y, lógicamente, era su deber buscar el mejor partido para sus hijos. Esto incluía la elección de la novia. Por tanto, el amor no era la base para el matrimonio.

Y bien, en el proceso imparable de los instintos naturales, el reloj biológico de María actúa con total normalidad, sin tener ella la menor idea de los acontecimientos que van a venir. De hecho, y como vemos, cuando el ángel le anuncia el plan de Dios y su próxima maternidad, ella ya era novia de José. Estaba “*desposada*” con José, dice el evangelio (Lc 1,27). Desposada, que no casada. Es decir, prometida. De ahí su sorpresa y su expresión: “*¿Cómo será eso, pues no conozco varón?*” (Lc 1,34).

Es decir, en el orden natural de las cosas, María se fijó en José. En él, y no en otro. Se enamoró de José. Porque, entre todos los jóvenes de Nazareth, sin duda el más apuesto para ella, el que más le gustaba, era José. Y aunque, por más que fueran los padres quienes concertaban las bodas, esto no era obstáculo para que los futuros esposos se conocieran. Las y los jóvenes no vivían enclaustrados. De modo que una boda tampoco se hacía a ojos cerrados.

Y es que, *“la gracia presupone la naturaleza”*. Es decir, Dios actúa sin violentar las leyes de la naturaleza. Pero Dios eleva, sublima, y transforma. Y elige a María, sin violentar sus instintos, sus sentimientos, sus ilusiones, ni su real dignidad personal. De modo que, esto es lo primero que acontece en María: es mujer. Y sobre esta base real y concreta, Dios va a hacer maravillas.

Y Madre

El amor es la fuente de la vida. Si en toda mujer la maternidad corresponde al aspecto primario y maravilloso de los sentimientos y de la naturaleza, en María esa función maternal también se cumple. Pero aquí sucede algo peculiar: Dios entra en acción. La maternidad de María va a ser una maternidad transcendente. La maternidad de María va a trascender el mundo de la naturaleza para entrar en el mundo de lo transcendente. Dios interviene respetando la naturaleza, pero colmándola de gracia, de amor, de santidad y de ternura. Porque el hijo que va a nacer es completamente humano, por supuesto, como cualquier otro niño. Pero al mismo tiempo es Dios. Tendrá, pues, dos naturalezas: divina y humana, en una sola persona. Y esta persona es divina. Es aquí donde entra en acción la fe del creyente. Las cosas de Dios se entienden desde la fe. Y la fe trasciende la ciencia. La fe está más allá de la ciencia. También María tuvo que actuar desde la fe. Porque Dios no es evidente. Es decir, no lo vemos, no lo podemos palpar. Sólo la fe alcanza a ver lo que la naturaleza no ve.

En el portal de Belén, cuando nace el niño, María ve sólo un niño, todo lo precioso que se quiera, pero niño. Es decir, no ve a Dios en ese niño, ¡y lo era! Podía ver la ternura en el lindo rostro de esa criatura recién nacida. Sin duda que desde esa ternura María pudo trascender los tiempos: *“Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2, 10-12).

¿Qué conclusión podemos sacar de todo esto?

María, desde el momento en que comprende lo que Dios le pide, se compromete con el plan de Dios, como la primera seguidora de Jesús. Con razón, san Juan Pablo II expresó en la *Redemptoris Mater* que “*María siguió paso a paso tras Jesús en su maternal peregrinación de fe*” (nn. 20.26). Jesús no vino al mundo en plan turista. Vino con la misión específica de traer la Buena Nueva. Vino a decirnos que Dios es el Padre de todos. Que la salvación es para todos. De ahí se sigue que, si Dios es Padre, nosotros somos sus hijos, y si hijos, hermanos. Es decir, hijos en el Hijo. Y siendo Dios, el Dios de la Vida, nosotros debemos amar la Vida. Y respetarla.

María, la Mujer ideal

El Evangelio traza unos cuantos rasgos de María, no muchos, pero suficientes, para imaginárnosla como la Mujer ideal, de nuestros sueños y de nuestra devoción. Con razón los artistas, los poetas, los grandes escritores, le han dedicado páginas gloriosas. Y no digamos los santos, como san Bernardo, o san Alfonso M^a de Ligorio. Y tantos otros. Es natural. Su historia personal trasciende el tiempo, hasta entrar en la grandeza inconmensurable de Dios, que la ha creado para ocupar un puesto tan inigualable y único en la Historia, tanto de la Creación, como de la Redención. Sin ser divina es profundamente humana. Y tan humana, que roza lo divino en el plan de Dios. Dios la ha creado así.

Tan humana. Si nos asomamos a Nazareth, vemos a María como una muchacha más. Como las demás chicas de Nazareth, tendría sin duda un rostro agraciado, juvenil, hermoso; y unos ojos de mirada limpia, profunda y radiante. En una palabra, guapa. Pero, al mismo tiempo, que pasaría desapercibida entre la gente en cuanto a las maravillas que Dios estaba actuando en ella. “*Ha sido preservada de la herencia del pecado original*”, diría el Papa (san Juan Pablo II, “*Redemptoris Mater*”, 10). Así actúa la gracia de Dios. Así actuó en ella.

¿Llegaría María a comprender el plan que Dios se había trazado, y cómo se realizaba en ella? Misterio. La fe se va abriendo paso poco a poco, como la luz matinal cuando amanece. Los caminos de Dios son siempre caminos de fe. Pero también de amor, para los que hace falta una respuesta desde la libertad. Y desde su libertad y entender, María responde: “*Hágase en mí según tu palabra*” (Lc 1,38).

Pero no es sólo la gracia de Dios actuando en ella, sin la cual nada hubiera sido posible; es también su libertad puesta en acción. Como resalta la “*Redemptoris Mater*”: “*María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe...*”. “*María ha pronunciado este fiat por medio de la fe. Y por medio de la fe se confió a Dios sin reservas...*” (nº 13).

Cabe preguntarnos: ¿Cómo se imaginaría María a Dios? La óptica de visión de cada quien es personal e intransferible. Nadie da lo que no tiene. Quien está lleno de bondad, transmite bondad; quien está lleno de amor, transmite amor. En la sinagoga de Nazareth escucharía al rabino hablar de Dios como el *“Todopoderoso”* (Ex. 6,3), el *“Altísimo”* (Gn. 14,18-22), el *“Dios justo y salvador”* (Is. 45,21), el *“Santo”* (Ex. 15,11), el que *“reina por siempre jamás”* (Ex. 15,18). Pero más allá, o más acá, de todos esos títulos, María veía desde la óptica de su corazón. Un corazón sencillo y lleno de amor. Es así como intuyó y comprendió que Dios es amor; que Dios está con los sencillos. ¡Y que estaba en ella! Que *“para Dios no hay nada imposible”* (Lc. 1,31-37).

Cuando su Hijo viene al mundo, por los caminos llenos de luz del Dios que es Amor, nosotros entendemos que, de algún modo, ella puede comprender, desde la fe, que aquel niño balbuciente es nada menos que el *“Hijo del Altísimo”*. También María tuvo que hacer el peregrinaje de la fe. Y si ella no se distinguía de las demás mujeres de Nazareth, lo mismo sucedió con su Hijo. Aquel chaval que jugaba con los demás chiquillos en las calles terrosas del pueblo, no se distinguía de los demás, pero resulta que era, nada menos, que el *“Hijo de Dios”*.

Los caminos de la fe no son evidentes. El misterio se descubre poco a poco, en un proceso de normalidad. Y María siguió este proceso de normalidad. Que, sin duda, le costó. Las cosas de Dios las fue entendiendo poco a poco. Pero *“todo lo guardaba en su corazón”* (Lc 2,51). Como aquel día, cuando por las fiestas de la Pascua Jesús se *“perdió”*, con toda intención, en el templo. *“¿No sabían que yo tenía que estar en la casa de mi Padre? Ellos no comprendieron lo que quería decir”* (Lc. 2,41-50). Pero María había acogido, y creído, la *“palabra de Dios”* sobre su hijo, en la anunciación, y había escuchado: *“Será grande..., Dios le dará el trono de David..., reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”* (Lc. 1,32-33).

Aunque parezca contradictorio, seguramente que cuando mejor entendió el plan de Dios, y por consiguiente a su Divino Hijo, debió ser estando éste en la cruz y ella al pie de la misma. Cuando todo mundo debió pensar que aquello era el final, seguramente que María, con su intuición de madre, comprendió que, por el contrario, era el principio. Había llegado el momento de la Redención; el momento por el que Dios la había elegido a ella. Y mientras todos se mofaban del Crucificado, ella, silente testigo, desde el silencio de su amor, comprendió la grandeza de Dios. Y la grandeza de Dios está en ser capaz de llegar, en Cristo, hasta la muerte redentora en cruz.

LA IGLESIA ES IMPENSABLE SIN MARÍA

María junto a la Cruz de su hijo.

Igual que una sinfonía va in crescendo hasta alcanzar el momento sublime y explosivo de toda, y en toda, su belleza, así sucede en la vida de Cristo. Nace humilde, desapercibido al mundo. Pocos son los que se enteran de su nacimiento. Va creciendo casi en el anonimato. Hasta que, llegado el momento, se lanza a proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios. Las gentes ven en él un no saben qué, pero comienzan a descubrir que la vida es hermosa, que todo cuanto existe tiene su razón de ser, que vale la pena ser solidarios con los demás, que el amor es la clave de la convivencia y de la paz.

Y, de pronto, una ráfaga de intenso dramatismo sacude la escena. El final no es la atronadora y merecida ovación al Hombre que querían aclamarlo rey. La gente ve que las cosas toman otro rumbo y cambian, inesperadamente, de golpe. Que el gran profeta de Nazaret, el mismo que ha pasado por el mundo haciendo el bien y curando toda dolencia, de repente, es clavado en una cruz. Y estalla en un grito de dolor, físico y espiritual: *“Padre, ¿por qué me has abandonado?”* (Mt 27,46).

¿De veras el Padre lo ha abandonado? ¿O, no será, si lo queremos entender, que Cristo nos está diciendo que no busquemos a Dios en los cielos, sino en la tierra? ¿Porque Dios está en nuestro propio sufrimiento? ¿Porque Dios está en medio de los hombres? Pero, tantas veces buscamos mal... Por eso no encontramos. No es un grito, pues, de desesperación, el de Cristo, sino de alerta.

Y en ese momento dramático, en el estallido de su grito universal, es cuando todo va a cambiar radicalmente, sí, para dar paso a una nueva Humanidad, visibilizada en la Iglesia, que comienza a gestarse a la sombra del árbol de la Cruz. Y, efectivamente, nace la Iglesia en la Resurrección. Y crece robusta a partir de Pentecostés. Y, en afán misionero, se va a extender por el mundo entero, bajo la fuerza y guía del Espíritu Santo.

Y aquí viene el detalle significativo. El Evangelio de san Juan dice: *“Estaban de pie junto a la Cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Al ver a su madre y a su lado al discípulo a quien él quería, dijo Jesús: Mujer ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora la acogió el discípulo en su casa”* (Jn. 19,25-27).

Este gesto de Jesús agonizante va mucho más allá de la simple y justa preocupación por dejar a su Madre a buen recaudo. Es convertirla en Madre de toda la Iglesia, representada de modo provisional y vicario en Juan,

mientras llega el día de Pentecostés, cuando la Iglesia se hará oficial por la venida, guía y santificación, del Espíritu Santo.

Es tal la importancia de María, por decisión del mismo Cristo, que, bien podemos decir que la Iglesia es impensable sin María.

Hacer nueva la Salvación

¡Qué momento más sublime y grandioso el que Cristo elige para convertir a su Madre en Madre de toda la Iglesia! El momento cumbre de la Redención, cuando está, víctima sobre el altar de la Cruz, ofreciéndose en gesto de vaciamiento total de sí mismo al Padre. Es mucho más que un acto de piedad filial del Hijo hacia la Madre. Se trata de hacer nueva la Creación. Se trata de un nacer nuevo y para siempre a la dimensión de la Salvación.

Cristo está muriendo en la Cruz y de su costado brota, como dice el evangelio sangre y agua. Todo un simbolismo de redención y purificación. Toda una referencia expresa al bautismo. Se lo había dicho a Nicodemo: “*Hay que nacer de nuevo*” (Jn 3, 3-7), en alusión directa al bautismo.

Madre siempre unida al Hijo.

Era natural que María, unida siempre a Cristo, fuera testigo y protagonista directa de este nuevo nacimiento, donde ella, y ese es su auténtico bautismo, el de su maternidad, se convierte en Madre de toda la Iglesia. Se inaugura así el Reino de Dios. La salvación es ya realidad tangible. En la misión del Hijo colabora estrechamente la Madre. Hasta ahí le ha llevado su fe, amor y entrega total a Dios.

¿Pierde un Hijo? Ella sabe que no. Sabe que resucitará al tercer día. Y, por el contrario, gana un sin número de nuevos hijos: en realidad, toda la Humanidad, renacida por la muerte y resurrección de Cristo.

A Cristo le costó horriblemente este momento: “*Si es posible, pase de mí este cáliz*” (Lc 22,42), había exclamado en el huerto de Getsemaní. Pero el cáliz no pasó. Y acepta la voluntad del Padre. Y muere en la Cruz. Espiritualmente hablando, María pasa también por todo este proceso de agonía y resurrección al pie de la Cruz. Y acoge como hijos, con maternal ternura, a toda la Humanidad. A partir de ahí, todos somos hijos de María.

Proclamada Madre de la Iglesia.

Cuando el Papa Pablo VI proclama a María “*Madre de la Iglesia*”, en realidad no hace, ni descubre, nada nuevo. Desde siempre el pueblo cristiano tenía la conciencia diáfana de que María es la Madre de la Iglesia.

Es sabido que el Concilio Vaticano II evitó darle este título porque María no ha engendrado a la Iglesia, no está por encima de la Iglesia. Es

miembro, después de Cristo el más cualificado, de la Iglesia. María está en la Iglesia, es la primera cristiana. La primera hija de la Iglesia. Y al mismo tiempo, Madre de la Iglesia.

La “*Redemptoris Mater*” (n. 24) se expresa así: “*Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que la maternidad de su madre encuentra una ‘nueva’ continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan*”. En Juan, que la toma como madre propia, todos los creyentes tomamos también a María como Madre nuestra.

Muerte sacrificial.

La muerte de Cristo en la Cruz es al mismo tiempo Sacrificio y Acción de Gracias. es decir, Eucaristía. Cristo se ofrece al Padre como víctima propicia por toda la Humanidad. Realiza la Redención. Y es Acción de Gracias también, por poder llevar nuevamente al Padre tantos hijos dispersos y perdidos inexorablemente sin la Redención. La Cruz se convierte así en Árbol florecido de Vida.

La vida cristiana comienza en la Cruz. El Bautismo, fuente y manantial de vida eterna, comienza en la Cruz, llega a su madurez responsable en la Confirmación, y alcanza su plenitud en la Eucaristía, sacramento centro y cumbre de la vida de la Iglesia. De tal manera que, donde no hay Eucaristía no hay vida cristiana. Igual que sin Cruz no hay Resurrección.

Por otra parte, la Eucaristía abarca dos aspectos complementarios: es Sacrificio y es Banquete. Cristo realiza su sacrificio en la Cruz como víctima de salvación universal. Se sacrifica por toda la humanidad.

Ahora bien, su sacrificio se perpetúa en el tiempo y se actualiza en cada altar donde la comunidad celebra el sacramento de la Eucaristía. No son distintos sacrificios. No son dos sacrificios. Es el mismo, único, e irrepetible. La diferencia consiste en que, en la Cruz, fue cruento. Y en el altar, es incruento.

Es también banquete. Banquete cultural en el que participa toda la Iglesia, representada por la comunidad que participa en cada celebración eucarística. La carta a los Hebreos, dice: “*¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!*” (Heb 9,14). Y un poco más adelante añade: “*Cristo se ofreció una sola vez para borrar los pecados de todos*” (Heb 9,29).

El Sacrificio de Cristo en la Cruz se convierte al mismo tiempo en banquete. Él, que es la Víctima, es también el alimento, el banquete en plenitud. Banquete de gozo, de alegría. De acción de gracias, en definitiva, que eso significa Eucaristía.

¿Qué tengo que hacer para salvarme?

Fue la trascendental pregunta que Nicodemo hizo a Jesús: “¿*Qué tengo que hacer para salvarme?*”. Cristo le responde que tiene que “*volver a nacer*” (Jn 3). Nicodemo lo tomó al pie de la letra. No entendió el lenguaje metafórico. Pero en vez de levantarse, y marcharse escandalizado, sigue hablando con Jesús. Y en el diálogo con el Señor entendió la respuesta.

A la distancia del tiempo, a nosotros, en cierto modo, nos es más fácil entender; porque hay toda una perspectiva histórica, y viva, de los mismos sacramentos. Y así, sabemos que la Eucaristía es Sacramento de plenitud y de vida. Centro de la vida misma de la Iglesia. Sacramento que, como todos los demás, nacen del amor entrañable de Cristo desde lo alto de la Cruz.

8

POR LA CRUZ A LA LUZ

La iniciativa es de Dios, y del seguidor la libertad.

En el plan de salvar al Hombre, la iniciativa viene de Dios, lógicamente. Dios siempre es sorprendente. Y de pronto, implica a María en el proyecto de Redención. Ella se ve implicada en una labor que jamás hubiera podido soñar: ha sido elegida para ser la Madre del Salvador.

Un día Cristo dirá a sus discípulos: *“El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo”* (Mc 8,34). Cristo no se anda con rodeos. Esta invitación es a participar en su Pasión, Muerte y Resurrección. Seguirle significa tomar la cruz.

La palabra cruz, en boca de Cristo, es una metáfora cuyo contenido es real. La metáfora invita a ir más allá del sentido literal. La cruz, en Cristo, significa auto-exigencia personal, vencimiento de uno mismo. Abarca toda la vida del seguidor. Así, por ejemplo, para los profetas: la cruz fue la Palabra misma. A los profetas les cuesta predicar. No se sienten capaces. Buscan excusas. Hasta huyen de Dios, como Jonás. Jeremías dirá: *“Yo no sé hablar... Soy solo un niño...”* (Jer 1,7). Pero Dios no desiste: *“Antes que yo te formara en el seno materno, ya te conocí; y antes que nacieras, te consagré, te puse por profeta a las naciones. No tengas miedo, no conseguirán vencerte. Estaré contigo para librarte”* (Jer 1,5). Más adelante, aludirá Jeremías al *“desprecio de la gente”*, que él tiene que soportar por proclamar la Palabra. (Jr 20,7-9). Y San Pablo dice con toda claridad que le cuesta predicar. *“Mas, ¡ay de mí si no proclamo la Palabra!”* (1Cor 9,16). Es decir, la cruz tiene un contenido real en la vida diaria y personal.

Así las cosas, qué duda cabe que la cruz de María consistió precisamente en decir Sí al plan de Dios; e implicarse en el Plan de la Redención.

¡Qué fácil parece decir sí, cuando las cosas no tienen trascendencia! A nosotros, vistas las cosas a la distancia, todo nos pueden parecer fácil. Hasta idílico. Nos puede resultar fácil ver a María con ojos de una devoción mitad sentimiento y mitad sentimentalismo. Porque la hemos idealizado. A veces, tanto, que corremos el riesgo de desubicarla, de deshumanizarla.

Es verdad que toda su figura arrastra a la ternura. Que eleva la mente y el corazón de quien la ama. Que le podemos echar piropos y decirle las cosas más bonitas. Porque María es como una musa que inspira sentimientos muy nobles, que nos eleva a cotas muy altas de espiritualidad. Pero todo esto sucede porque, más allá de lo periférico y circunstancial de los sentimientos, hay una realidad seria y formal: está la cruz. Seguir a Cristo es cargar con la cruz. Ella aceptó llevar la cruz. Lo hace desde su entera libertad. Dios le

invita. Ella acepta. De nada serviría la invitación si no se acepta. Pero la verdadera aceptación se hace desde la libertad. Y María fue una Mujer libre.

María, mujer para la comunidad.

Los primeros cristianos debieron intuir pronto el significado e importancia de María en la vida personal de cada quién, y en la vida de la Comunidad. Nadie desconocía que Cristo se la había entregado por Madre a Juan. La palabra Madre podía quedarse en otra metáfora del lenguaje. Pero, como siempre, más allá de las palabras, está la realidad. Y la Comunidad sale beneficiada con su presencia. María se convierte para los cristianos en una referencia directa a Cristo. Porque María es el camino corto para llegar a Cristo.

El Ángel Gabriel le había dicho: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”* (Lc 1,28). Y añade el Evangelio: *“Y Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era aquel”*. (Lc 1,29). Era algo más que un saludo. Era la invitación a asumir una responsabilidad trascendental. Como Mujer primero, como Madre de Cristo después, y finalmente, como Madre de la Comunidad eclesial.

Su respuesta, pues, iba a tener una trascendencia universal para el cristianismo. Y ella, con total libertad, se arriesga y asume sus responsabilidades: Ante Dios, ante sí misma, y ante la Historia de la Humanidad. *“Hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1,38). Y la voluntad de Dios se hizo.

Fue así cómo María se convirtió en la primera seguidora de Cristo: desde la aceptación de la voluntad de Dios. Y se convirtió, también, en centro de referencia, en el mejor icono referencial de Cristo, para la Comunidad.

Todo esto acontece a contracorriente del sentir de la gente, en una región, Galilea, despreciada por muchos (ver Jn. 7,52), y en un pueblo del que se dice: *“¿De Nazareth puede salir algo bueno?”* (Jn. 1,46). Pues sí, puede salir algo bueno. Dios hace maravillas.

Cuando un día de tantos, Jesús vuelve a Nazareth, donde se había criado, lo desprecian por ser hijo de una sencilla mujer de pueblo: *“El hijo de María”* (Mc. 6, 1-6). Seguramente dirían con desdén: de la María. Pues, sí, *“el hijo de la María”* es nada menos que el Hijo de Dios. Y ella, la elegida por Dios para la más sublime maternidad: de toda y para toda la Iglesia. Esto tuvo lugar el día de Pentecostés bajo el impulso del Espíritu Santo.

Ahora es cuando, con Ella, también nosotros podemos decir llenos de agradecimiento a Dios: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava”* (Lc. 1,46-49).

Por la Cruz a la Luz.

Efectivamente, María, por esa cruz libremente aceptada desde el momento en que acepta ser la Madre de Cristo, y que cobra todo dramatismo y crudeza el Viernes Santo, llega hasta la Luz gloriosa de la Resurrección de su Divino Hijo.

La Resurrección es el triunfo total de Cristo. Y María participa, gloriosa y felizmente, en el triunfo del Hijo. Ahora bien, María, con toda su grandeza por ser la Madre de Cristo, no es Dios. Ni un ídolo. Ni un ser de otro mundo. No es una diosa. Es una Mujer. Simplemente. Pero en toda su grandeza de mujer, en la que Dios ha cambiado la historia del mundo.

A María hay que mirarla, pues, desde la óptica de Dios. Es la joya de Dios. Bien puede, pues, decir: *“Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada”* (Lc 1,48). Nosotros somos parte de esas felices generaciones que la ensalzan. Aunque, el primero en ensalzarla ha sido el mismo Dios.

MARÍA, LA PRIMERA EN LA DIMENSIÓN DEL REINO

¿Y si María, en vez de Sí hubiera dicho No?

Cabe preguntarse: ¿Qué hubiera ocurrido si María no hubiera aceptado el plan de Dios? ¿Si en vez de decir Sí hubiera dicho No? No hay que olvidar que María era libre. Y, en la plena posesión de sus facultades, podía haber rechazado tranquilamente el mensaje; y por consiguiente, el plan que Dios le transmitía a través del arcángel Gabriel.

Estar destinada para ser la Madre de Cristo no la convierte en un robot. No anula su libertad. Siendo libre como era, podía haber dicho No, en vez de Sí. Desde luego, en tal caso, no estaríamos hablando ahora de María. Pero sí del plan de Dios de salvar al mundo.

Curiosamente, la libertad que tuvo María para decidir, y dar un Sí o un No, como respuesta, no la tuvo Dios. Ella, simple humana, era libre. Dios, con todo y ser Dios, no es libre en todo. ¿Por qué? Pues porque Dios no puede dejar de ser lo que es. ¿Qué es? Dios es Amor. Un Amor que no puede contenerse en sí mismo, y rebosa. La primera en beneficiarse de ese Amor fue María. Y bien demostró que está llena de amor. El Amor de Dios al mundo, y la libre y generosa colaboración de María, hizo posible la venida de Cristo al mundo.

Naturalmente, Cristo es el verdadero Evangelio o *“Buena Nueva”*. Él es quien nos comunica que Dios es Padre de todos. Y que nos ama a todos. No hay lugar, por consiguiente, para la orfandad. Y siendo Dios Padre de todos, por lógica, todos somos hermanos. Pero María, además de hermana, pues es una más de nuestra raza humana, es también Madre. Su maternidad trasciende toda maternidad. Concibió por obra del Espíritu Santo. *“El poder del Espíritu Santo te cubrirá con su sombra”* (Lc 1,35). De veras que, Cristo es lo mejor que le pudo pasar al mundo. Y vale, al mismo tiempo, extender esta afirmación también a María.

Cristo nos trae el Reino de Dios.

Cristo no era rey, por muy descendiente que lo fuera, en lo humano, del rey David. Ni pretendió serlo, por más que quisieron proclamarlo rey, cuando la multiplicación de los panes, que nos cuenta san Juan en el capítulo seis de su evangelio. No es un rey de la política. Y, sin embargo, es Rey. Cuando Pilato se lo pregunta, Cristo responde afirmativamente. Si bien, puntualiza que su Reino no es de este mundo. Por lo mismo, Cristo nos trae el verdadero Reino, el de Dios. Y lo que eso conlleva de: libertad, amor,

solidaridad, fraternidad, justicia, reconciliación, felicidad... ¡Amor, en definitiva!

Y Cristo, Rey con mayúsculas, nos invita a escuchar la Palabra de Dios, y a ponerla en práctica. Escuchar la Palabra no significa escuchar un sermón, o ponerse a leer un libro, como puede ser la misma Biblia, a la que también llamamos Palabra de Dios. Significa abrir el corazón de par en par a Dios. Ponerse en la misma onda de sintonía con Dios. Eso fue cabalmente lo que hizo María. Ella que, posiblemente por ser mujer, no supiera leer, ya que en su tiempo las mujeres no tenían mucho acceso a los estudios. Las mujeres estaban destinadas fundamentalmente a las faenas del hogar, y su primera función era la maternidad.

María a la escucha de la Palabra.

Antes que, por los lazos de la sangre, María está unida a Cristo con lazos más fuertes que los de la carne y sangre. En primer lugar, la fe. Ella fue la primera en escuchar la Palabra de Dios y en cumplirla. Y la primera alabanza le viene de su prima Isabel: *“Bendita tú entre las mujeres”* (Lc 1, 42).

María es bendita por haber creído a Dios. *“¡Dichosa tú que has creído!”* (Lc 1, 45). Es bendita por ser la Madre de Cristo. Es bendita por conservar en su corazón la Palabra de Dios, a pesar de que muchas veces no entendía el plan de Dios. Pero seguía creyendo al Dios de la misericordia y de la salvación. *“María conservaba estas cosas meditándolas en su corazón”* (Lc 2, 19.51).

Igual que Cristo tenía que *“estar en las cosas del Padre”* (Lc 2,49), así María estaba en las cosas del Padre. Por eso María es también Evangelio vivo, Buena Nueva para todos nosotros sus hijos. Su sola presencia ya era anuncio del reino de Dios.

La Eucaristía, conciencia de la humanidad

Lo que cuenta es seguir a Cristo incondicionalmente. Quien le sigue se convierte en su Familia. El seguimiento se hace desde la libertad. Como María. Juan Pablo II en la *“Redemptoris Mater”* dice: *“Desde el momento de la anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso a paso tras Cristo en su maternal peregrinación de fe...”* (nn 20.26).

Para poder seguirle, sin desfallecer, Cristo nos da su propio Cuerpo en la Eucaristía: *“Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre”*. *“Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía”* (Jn 6). La Eucaristía es alimento para el camino de la vida. En la Eucaristía el amor a Dios y al prójimo se identifican. Y en

ese amor, que todo lo cristianiza, María está también presente. El amor cristiano no es una metáfora, sino hermosa e imprescindible realidad. Como María.

La Eucaristía, al mismo tiempo, es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad de hoy y de siempre. Si “en el atardecer de la vida nos han de examinar de amor” como se expresa san Juan de la Cruz parafraseando el capítulo 25 del evangelio de san Mateo, el examen estará dictado por la Eucaristía, centro del Amor de Cristo a toda la Humanidad, pues la Eucaristía es sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión.

Las manos de María

Situémonos en el tiempo que le tocó vivir a María. Incluso, sin ir tan lejos, situémonos en el día de hoy en cualquier aldea o pueblo de nuestra geografía nacional. Y nos encontraremos, con toda seguridad, con el protagonismo callado y eficiente de la inmensa mayoría de las mujeres. Desde que se levantan temprano, hasta que se acuestan, tarde, no dejan de trabajar. Y, a pesar del cansancio, se las ve alegres, conscientes de ser las que hacen que el hogar funcione, que la familia progrese. Se sienten autorrealizadas, y factor primero del progreso.

Pues, imaginemos a María, siendo la primera en levantarse para preparar el desayuno, asear la casa, mandar al hijo a la escuela. Y la última en acostarse. Imaginemos a María, trajinando con sus manos, manos de mujer a la que, como suele decirse, “le faltan manos” para todos los quehaceres propios (y también ajenos).

María, a buen seguro, no tendría demasiado tiempo para andar cuidando o acicalándose las manos. A diferencia de nosotros. ¿Cuánto tiempo no gastamos en preocuparnos nada más que de nosotros mismos? Y cuántas cosas dejamos de hacer por eso.

Las manos de María tenían toda esa belleza que se refleja en las manos que han trabajado, que han consolado, que se han tendido abiertas a los demás sin tregua ni medida. Manos de mujer de aldea que amasan el pan, que lavan la ropa, que asean y peinan a sus hijos para que vayan limpios y guapos.

Las manos de María lucían toda la belleza espiritual que transpiran las manos de una esposa y madre que trabaja con ellas. Y eran las manos de una verdadera Reina, que ahora se elevaban felices para acariciar al mismo Dios, hecho Niño sentado en sus rodillas. Manos que a continuación andaban entre los pucheros, o planchando la ropa, o dándole a la escoba... Admirable contraste. Manos hechas al trabajo, al agua fría del lavadero del pueblo, a la limpieza de la casa, a lijar y mover maderas ayudando a José... Pero manos que nunca perdieron por eso su finura encantadora. Manos abiertas y disponibles a las necesidades de todos; de los vecinos, de los enfermos, de los marginados de su sencilla aldea de Nazaret. Manos que tocaron muchas puertas para ofrecer ayuda, y muchas llagas para curarlas y vendarlas. Manos discretas, llenas de bondad generosa y callada. Manos que daban gloria a Dios en cada trabajo sencillo y humilde. Manos que siguen trabajando sin descanso y a través de las cuales nos llegan copiosas todas las gracias de Dios para cada uno de nosotros.

Podemos preguntarnos, ¿cómo están nuestras manos? ¿Las usamos, las empleamos para la gloria de Dios? ¿Somos capaces de mancharnos las manos en bien de los demás? ¿Nos metemos a fondo en todo lo que tenemos que hacer cada día? ¿Nos manchamos las manos en el trabajo? ¿Nos las manchamos en los propios estudios? ¿Nos las manchamos en obras de caridad y misericordia para con los necesitados?

Uno de los medios de expresarnos y manifestarnos al exterior es por medio del lenguaje de nuestro cuerpo y, por descontado, de las manos. Las manos hablan. Según el gesto que con ellas empleemos, podemos significar; llamada o repulsa, caricia o desprecio...

Las manos de María fueron la cuna más acogedora que tuvo Jesús. Las manos que amasaban el pan con el que se alimentó Jesús, ajena a que un día no lejano el Pan sería también materia eucarística, Pan de Vida, en las manos de su Hijo. Las manos de María se juntarían, sin duda, cada día para rezar y enseñar al mismo tiempo a Jesús a rezar. Manos cuasi sacerdotales, de María. Manos entrelazadas iniciando una plegaria, manos sacerdotales. Pero María no fue sacerdote. Y, sin embargo, sus manos, cual las del sacerdote, sostenían al Hijo, como anticipada Eucaristía, para que todos pudieran contemplarlo, gozarse con su sonrisa, y que la gente pudiera acariciarlo y besarlo.

La verdadera amistad, y fraternidad, humana y cristiana, nace de aquellas palabras: *“Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos...”* (Jn 15,15). Y es que, un amigo es mucho más que un siervo; es un colaborador, es un confidente, con el que existe una comunión de vida, de proyectos e ideales...

Cristo es el verdadero Amigo. El que tiene los sentimientos más humanos nobles y profundos. Los “amigos de Jesús” deben amar como Él amó. La prueba concreta de que amamos es el cumplimiento de los Mandamientos: *“Quien me ama, guarda mis mandamientos... Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 14). Seremos “amigos de Jesús”, pues, cuando seamos testigos de ese mundo nuevo que Dios ofrece a los hombres y que Jesús anunció con su persona, con sus palabras y con sus gestos. ¡Hasta dónde nos pueden llevar unas manos de Madre, como María!

Corazón de Madre

En Hechos 1, 12-14; 2,1 se dice: *“Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús”*. Toda la vida de María se desarrolla bajo la fuerza del Espíritu.

Pentecostés marca el nacimiento y expansión de la Iglesia: Pentecostés con la venida del Espíritu Santo sobre aquella inicial comunidad congregada en el Cenáculo marca no sólo el comienzo de la Iglesia, sino también la difusión del cristianismo.

Pero María aparece también en el Apocalipsis, radiante, vestida de sol, coronada de estrellas. Una auténtica Reina.

Esta cósmica visión puede referirse, metafóricamente, a la Iglesia, pero con igual razón a María: *“Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, y estaba en cinta y gritaba en su angustia y dolores de parto”* (Apocalipsis 12, 1 ss). Visión que, como tantos otros pasajes bíblicos, está llena de simbología. Pero el símbolo expresa una realidad.

La mujer y la serpiente (o diablo), son reales (1-4). Como real es, desde la simbología con que se presenta, la persecución del dragón al Hijo varón, nacido de esa mujer; y la victoria del Hijo (4-12). Y real la persecución contra la mujer y el resto de sus hijos (v. 13-17).

Nos preguntamos: ¿Quién es esa mujer vestida de sol, coronada de estrellas, que tiene por escabel de sus pies la luna? Pues es una Mujer, la Mujer por excelencia, María. Ella, con corazón de Madre, y que está insertada en el misterio sublime de la Iglesia. La que dio a luz a Cristo. La misma que a los pies de la cruz se convierte en Madre de todos los seguidores de su Hijo.

Remembranza a orillas del lago

Permítasenos soñar, o simplemente, imaginar. ¿Por qué no? Es verdad que el Evangelio nunca presenta a María paseando por las orillas del lago de *Genesareth*, llamado también *Lago del Arpa*, por su peculiar forma. El más bíblico lago, de todos los lagos. ¡Y que tanta evocación suscita! En cambio, vemos que el Evangelio narra muchas escenas con Cristo como protagonista a orillas del lago.

Sin embargo, es muy probable que más de una vez, estuviera también María por allí, en las tantas ocasiones en que sin duda acompañaría a su Hijo en sus correrías apostólicas, como lo acompañaban otras mujeres; ya sea que fueran esposas de los apóstoles, o, simple y verdaderamente agradecidas, por haber sido curadas. (Basta ver, Lc 8,2).

Cualquier persona que se haya acercado al lago de Genesareth, y haya rememorado, siguiendo el Evangelio, las andanzas de Jesús por sus orillas, a buen seguro que habrá sentido gozo y emoción grande en su corazón.

Partiendo de Nazareth pueden tomarse distintos rumbos. Tomemos dirección a Séforis. Séforis había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Importante, igualmente, cuando la dominación romana, ya que Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, siendo gobernador de Siria. También Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia. Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín. No faltan estudiosos que ven posible que fuera aquí donde nació Ana, la madre de la Virgen María. De hecho, hay ruinas que pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor. De poco sirvió que Zahir el-Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la hizo desaparecer. ¿Por qué los hombres, me pregunto, hemos de estar constantes guerras?

Si tiramos hacia el este, tenemos el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna. La distancia que separa Séforis de Tiberias, preciosa ciudad a orillas del lago es de treinta kilómetros, aproximadamente. Clima delicioso la mayor parte del año. Y como paso obligado que es, es bueno detenerse en Caná. Y saborear un vaso de vino en recuerdo del célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Allí estaba ella, María, la

madre de Jesús, como hemos recordado más arriba, protagonista entre bastidores, inadvertida, de la fiesta.

No hay que dejar de entrar en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renuevan jubilosos sus compromisos matrimoniales. Esta es tierra de mucha historia.

Pero no todo ha sido júbilo. Mucho antes que los actuales grupos de turistas y peregrinos, por estas latitudes estuvieron las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el rey Guido, sufriendo la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestro del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino. Pero esta es otra historia. Vayamos, mejor, al lago.

Lago para soñar. Evocador, único. Apto sólo para soñadores. Fue a sus orillas donde Jesús de Nazareth, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad. La paz que el bíblico lago transmite es única. Kinneret, lago del arpa. Se me antoja ser música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentales.

Cerremos los ojos. Nunca, ningún otro lago fue capaz de elevar tan alto los pensamientos. Nunca, un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor. Y es que, nunca un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesareth, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla donde aún no se construye Tiberias, sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, descansan las barcas de los pescadores. A lo lejos, acercándose, se dibuja, ¿lo imaginamos?, la silueta de un hombre bueno que, de pronto, dice: *“Echad las redes a la derecha”* (Jn 21,6).

En otra ocasión, dirá: *“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”* (Mt 4,19). Y mientras aquellos pescadores escuchan a Cristo, que les invita a seguir ejerciendo su oficio, sólo que ahora será otra la pesca, podemos fijarnos en la barca de Simón, al que Cristo apodó Pedro. Todo un símbolo de la Nave de la Iglesia.

Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, aún parecen resonar, arrastradas por la brisa, las palabras del Maestro: *“Bienaventurados los pobres..., porque vuestro es el reino de los cielos”* (Mt 5, 1-12). Las Bienaventuranzas.

¿Estaría María ese día escuchando a su Hijo? Porque ella sí que es bienaventurada, y espejo de todas las bienaventuranzas. Sentada en el suelo, en la hierba, escucharía embelesada a su Hijo. Pasaría desapercibida. Poca gente la conoce. Sólo cuando la gente se haya retirado se acercará a su Hijo. Y se pondrán a pasear por la orilla. Recordarán momentos bonitos de la infancia en Nazaret; el trabajo tranquilo en la carpintería de José; las subidas a Jerusalén cada año por la fiesta de Pascua. Tantas cosas.

Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Imaginemos a María y su Divino Hijo. Se dirigen a Cafarnaúm. Ahí cenarán, en compañía de gente amiga, y muy hospitalaria, como es la familia de Simón Pedro; allí descansarán.

Ensoñación, sí. Pero para quedarse toda la tarde contemplando a María, paseando con su Hijo por la orilla del mítico lago. Se hace tarde. Quizá debamos regresar a Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas, en honor de su amigo el emperador romano Tiberio.

En la tranquilidad de la habitación en el hotel, aprovechemos para repasar un poco la historia. Tiberias. En ella encontraron refugio un día los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano. En ella se compiló la Mishná, y se completó el Talmud. En ella fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben-Zakai, y muchísimos otros. Tiberias, la ciudad santa del judaísmo, dormida sobre la ensoñación del lago.

A MARÍA CORRESPONDE CULTO DE HIPERDULÍA

Theotokos.

El Concilio de Éfeso, (año 431) se refirió explícitamente a María definiéndola como “*Theotokos*”, es decir, “*Madre de Dios*”. Madre del Dios encarnado. La colaboración de la Santísima Virgen María en la obra de la salvación es inequívoca. Ya antes, el *Concilio de Nicea* (325) a la Santísima Virgen se la llama la “*nueva Eva*”. Y a Cristo el “*nuevo Adán*”. En el siglo II, san Justino en Roma, san Ireneo en Lyon y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, que hace san Pablo (Rom 5, 12-21), aplican un paralelismo análogo: Eva-María. A María la Iglesia la ha visto siempre en su misión de intercesora junto a su Hijo Jesús. Los primeros cristianos vieron a María como “la llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres”.

El culto a María, de hiperdulía.

De ahí que los Padres insistan en la imitación de María. San Ambrosio dirá: “*La vida de María por sí sola es ya escuela para todos*”. Más tarde, será Santo Tomás de Aquino quien afirme que a María debe dársele un culto superior a los santos. Pues bien, si para los santos el culto es de “*veneración*” (dulía), el culto a María debe ser superior a los santos, o sea, de *hiperdulía*. Es más que veneración, pero menos que “*adoración*” (latría), que sólo a Dios corresponde.

La expresión “*toda santa*” (panaghia), una de las denominaciones dada a los iconos de María, corresponde a la primera mitad del siglo IV. Es justo anotar que, la inspiración para la iconografía bizantina esta sacada de la Biblia. En realidad, los iconos son una catequesis; y al mismo tiempo, son también objeto de veneración; hasta llegar a convertirse en Tradición que, transmitida por los Padres antiguos, culminó en la definición del dogma de la *Maternidad Divina* de María. Dogma, además, intencionalmente proclamado contra Néstor en el Concilio de Éfeso.

Los Hechos de los Apóstoles presentan a María junto a los discípulos, a la espera del Espíritu Santo (Hech 1,14). Partiendo de Pentecostés, los Padres Apostólicos, por ejemplo, san Ignacio, hacen hincapié en su Maternidad Divina.

Cuando a partir del siglo III, comienza a extenderse el monacato, y la vida consagrada, se toma a María como modelo en el seguimiento de Cristo. Y curiosamente, se resalta la virginidad de María, también como modelo, e imitación, para la vida de castidad que debe llevarse en el monacato.

De otro lado, Antioquía, sede de uno de los tres primeros grandes Patriarcados de Oriente, descuella como el lugar donde se instituye la primera fiesta mariana en el siglo IV. No deja de ser sintomático que fuera precisamente allí donde a los seguidores de Jesús se les llamara, por primera vez, “*cristianos*”, nombre bien acertado, por cierto, que ha quedado para la historia.

A partir de los siglos VI-VII, quedan instituidas en Oriente las grandes fiestas marianas, como son: La Anunciación, la Asunción, la Natividad, la Presentación y la Concepción Inmaculada. Vale la pena destacar que, tanto la Asunción como la Concepción Inmaculada, no tienen base bíblica. Y sin embargo, están en la entraña del pueblo, porque son la consecuencia lógica de lo que es, y en María, acontece. Y así, en cuanto a la Asunción de María a los Cielos en cuerpo y alma se refiere, fue el emperador Mauricio, hacia el año 600, quien prescribió su celebración en todo el Imperio, señalando como fecha de su celebración litúrgica el 15 de agosto.

María no es la estación terminal de la devoción del pueblo.

Nada sería María sin Cristo. De ahí que las fiestas de la Virgen estén siempre íntimamente ligadas al Misterio de Cristo, de tal manera que se consideran como fiestas del Señor. La devoción a María no termina en ella, sino en Cristo, Dios y Hombre verdadero. Por eso, la Iglesia de Occidente no celebra ninguna fiesta mariana anterior al siglo V. Fue la llegada a Roma de los monjes que huían de Oriente, tras las invasiones tanto de los persas como de los árabes, la causa directa para la difusión de la devoción a María también en Occidente.

Así pues, el centro de la fe y devoción cristiana no es María, sino Cristo. Él es el Camino, la Verdad, la Vida. Pero María es su Madre. De ahí que, amando al Hijo hemos de amar también a la Madre.

Y bien, habiendo comenzado en Oriente la devoción de la Iglesia a María, pronto se propagó también en Occidente. Porque lo que la Iglesia ha visto siempre en María, ha sido, sobre todo, su santidad de vida. Ella fue la primera, y la más aventajada discípula de Cristo. La primera en seguirle.

Conviene también puntualizar que los santos Padres advierten que la santidad de María no es algo mágico. Ella es una mujer libre, como se ha señalado más arriba, y desde su plena libertad como mujer, se pone al servicio incondicional de Dios. Se empapa de la santidad de Dios. Nos transmite la santidad de Dios. Es pues natural que le expresemos nuestro cariño. Ella es Madre de Dios y Madre nuestra.

A Cristo por María.

Cuántas veces habremos oído, o repetido esta frase: A Cristo por María. Es natural. Ella es la vía corta para llegar a su Hijo. Es la Mujer por excelencia, la elegida por Dios para ser su Madre al hacerse Hombre. Luego, convertida en Madre de toda la Humanidad al pie de la cruz, está llena de hijos que la aclaman por Madre. Es natural entonces que tenga tantos nombres cuantos hijos.

Pero el que resume todos es el de Madre. Es, sin duda, el mejor nombre que le podemos dar a la Virgen María: Madre. Porque ese es precisamente su papel y su vocación: ser Madre. En este sentido, hay una advocación referida a María, profundamente enraizada en el pueblo cristiano, tanto en el rito ortodoxo como católico: me refiero al Icono del Perpetuo Socorro, del que hablaremos en la segunda parte del libro. Es uno de los innumerables Iconos que, procedente de la Iglesia Ortodoxa, ha enriquecido a todo el cristianismo. Tanto los ortodoxos como los católicos, todos, la invocamos con el dulce nombre de *“Madre del Perpetuo Socorro”*.

Los iconos tienen una doble función: devocional y catequética. La catequesis es una labor primordial e insustituible en la Iglesia. El mismo Evangelio, ¿qué es, sino una preciosa catequesis para comprender mejor el mensaje de Cristo?

Teniendo en cuenta que, en tiempos pasados, y ni tan pasados, mucha gente no sabía leer, los iconos eran una catequesis que entraba por los ojos. La enorme cantidad de nombres con que el pueblo de Dios venera a María, nacen del cariño y de la gratitud de la gente, sobre todo de la más humilde, que ha sabido captar que Dios ha obrado maravillas en María.

El pueblo sabe que María no es Dios, pero sí que ella es la mejor intercesora que tenemos ante Dios. Y que, por ella, llegamos con seguridad a Cristo. Por María a Cristo.

María no es la estación terminal de nuestras oraciones y plegarias, pero sí la que está atenta a escucharnos, y pronta siempre a socorrernos, siendo verdaderamente nuestro Perpetuo Socorro, como a continuación veremos.

2ª PARTE



NTRA. SRA. DEL PERPETUO
SOCORRO

EL ICONO DE COPIOSA
REDENCIÓN

CONSTANTINOPLA, SEDE DE LA ICONOGRAFÍA

Un icono es **una imagen**, como la misma palabra lo dice. **Pintada**, normalmente, **sobre madera**. Nunca en forma de estatua. Su origen más seguro, Constantinopla. Sirven para incrementar la devoción de la gente, tanto si el Icono está referido a Cristo, a la Virgen, o a algún santo. Al mismo tiempo, se utilizan como material catequético. Y se elaboran en los monasterios.

Constantinopla, hoy Estambul (Istanbul), hermosa ciudad donde las haya, abrazada a Europa y Asia, fue la gran capital del Imperio Bizantino, como es bien sabido.

Conviene, además, no obstante, recordar que la actual Turquía, hoy en manos del islam, fue la tierra donde con gran pujanza floreció el cristianismo. Es la tierra de san Pablo. Y de otros muchos santos. La llamaban entonces Asia Menor. Fue allí donde se celebraron los grandes Concilios de la Iglesia. ¿Cómo no recordar Éfeso, Nicea, Constantinopla..., etc.? Tierra fecunda en santos, de enorme magnitud y transcendencia no sólo por su santidad, sino también por su ciencia, escritos, teología, etc., ellos marcaron caminos imborrables de luz para toda la Iglesia. Recordemos, por ejemplo, a los tres grandes santos de la Capadocia: san Basilio el Grande, san Gregorio de Nisa, y san Gregorio Nacianceno.

Pues bien, esta hermosa tierra, comenzando por Constantinopla, es la sede de la primitiva iconografía. La escuela iconográfica se fue extendiendo a otros lugares y países, como Rusia, Creta, etc., como más adelante veremos. Y es en la isla de Creta donde tuvo su origen nuestro precioso Icono de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro.

Esplendor y caída de Bizancio.

Bizancio fue una ciudad griega, situada a la entrada del estrecho del Bósforo. Hoy, Estambul. Ha ocupado un lugar destacado en la Historia desde su fundación. **Colonia griega desde la antigüedad, fue refundada por el emperador Constantino el año 330, pasando a llamarse Constantinopla.** Fue capital y centro de la cultura clásica del Imperio Romano de Oriente, conocido también con el nombre de Imperio Bizantino.

Lógicamente, el Imperio Bizantino era heredero del Imperio romano. Pervivió durante toda la Edad Media, incluso al comienzo del Renacimiento. Ubicada estratégicamente, dominaba tierra y mar, a orillas del Mediterráneo oriental.

Durante su milenio de existencia, fue un bastión del cristianismo, impidiendo el avance del islam hacia la Europa occidental. Era, además, uno

de los principales centros comerciales del mundo. Influyó de modo determinante en la regulación de leyes, sistemas políticos y costumbres de gran parte de Europa y de Oriente Medio. Debemos al Imperio Bizantino, en gran parte, la conservación de muchas de las obras literarias y científicas de la cultura clásica.

Pero en el año 1453 Bizancio, que iba siendo minado poco a poco por los latinos desde 1204, y también por los serbios y búlgaros, terminó siendo un imperio fantasma, hasta caer arrollado por los turcos.

Efectivamente, a lo largo de su dilatada historia, el Imperio bizantino sufrió numerosos reveses y pérdidas de territorio, especialmente durante las guerras Romano-Sasánidas y árabe-bizantinas.

Durante diez siglos, concretamente, del V al XV, Bizancio resistió todas las tentativas de conquista de sus diferentes enemigos. Hasta que el 29 de mayo de 1453 cae en manos de los turcos otomanos. Fue el fin de la ciudad greco-romana, que pasa entonces a llamarse Estambul (Istanbul).

Por más que trató de recuperar su pasado poder durante la época de la dinastía de los Comneno, su decadencia fue cada vez mayor durante las guerras otomano-bizantinas. Todo culmina en el año 1453, con la toma de Constantinopla y la conquista del resto de los territorios bizantinos, por los turcos.

Naturalmente, la situación política afectó también a la iconografía. Ésta, como es lógico, inicia un proceso de decadencia en el suelo continental. Pero, a la vez, sirve para expandirse, sobre todo en las islas del Mar Egeo, ya que la mayoría de los pintores de Iconos se refugiaron en esas islas.

Conviene precisar que, los pocos Iconos que se realizan, al ser privados del estilo refinado y tradicional de los monasterios, toman visos de artesanía, aunque siguen estando revestidos de una palpable ternura y fresca espontaneidad.

Los imperios pasan.

Verdaderamente, aquí puede aplicarse el dicho popular: los Imperios pasan, la Iglesia permanece. Incluso añadir, que también permanece su arte.

Efectivamente, resulta que, el Patriarca de Constantinopla, Gregorio III, también apodado Mammias, oriundo de Creta, cuyo nombre de pila era Melissenos-Estrategopoulos, y que ejerció su mandato de 1443-1450, era partidario de la unión con la Iglesia católica; pues, como sabemos, **a partir del Cisma entre Oriente y Occidente del año 1054, la Iglesia de Oriente es conocida como Iglesia Ortodoxa.**

Y bien, Gregorio III participó en el Concilio de Basilea. Fue elegido Patriarca después de la muerte del también unionista Metrófanos II. Pero, en 1450 se vio obligado a abdicar por la oposición de los anti-unionistas. Se

exilió en Roma en agosto de 1451. El Papa Nicolás V lo recibió con gran cordialidad, incluso le ayudó económicamente y trató de presionar al emperador bizantino para restaurarlo en el trono patriarcal. De hecho, los pro-unionistas de las zonas latinas de Grecia lo siguieron considerando como legítimo Patriarca de Constantinopla, haciendo caso omiso de su sucesor, el anti-unionista Anastasio II.

A la caída de Constantinopla, el año 1453, último baluarte del Imperio Bizantino, a manos de Mehmed II, éste fue reconocido como legítimo emperador. Naturalmente, no era cristiano. Sin embargo, el Patriarca y los demás obispos quedaron oficialmente integrados como parte de la clase dirigente para atender a los cristianos del imperio.

Por aquello de que no hay mal que por bien no venga, resulta que, en esta situación de crisis, **la gente tuvo que emigrar**. Esto es una constante que se repite en la historia.

De esta emigración se beneficiaron los pueblos balcánicos, con la llegada de los monjes eslavos y, más tarde, de otras escuelas artísticas relacionadas con la influencia italiana.

Llega así la época del gran desarrollo del arte sagrado en Serbia, Bulgaria. Y en las escuelas de Creta, de donde procede nuestro Icono del Perpetuo Socorro. Y del monte Athos.

Los Iconos de los Balcanes son de expresión dulce y humanitaria, adoptando la belleza formal del arte griego. Los distintos talleres de iconografía comienzan a unificarse, pero mantienen a su vez las respectivas variantes locales.

De modo que, mientras Constantinopla se descristianiza con la llegada del islam, la iconografía se extiende por el mundo, haciendo posible que, por ejemplo, la Iglesia ortodoxa se expandiera, precisamente, a través de los Iconos. La religiosidad que imponen los Iconos a través de esta expansión cristiana afectó también, muy positivamente, a la Iglesia católica. La piedad religiosa creció por medio de los Iconos, tanto de la Virgen, como de Cristo, o de santos.

La isla de Creta origen de nuestro Icono

Creta estuvo bajo el control de la República de Venecia desde 1204 hasta el 1669. Pero la isla de Creta, cruce de culturas y puente de civilizaciones, recordemos que Creta fue antiguamente el centro de la civilización minoica (2700-1420 a.C.) y que es considerada la más antigua civilización de la que se tiene conocimiento en Europa, fue invadida por los turcos, que desembarcaron en 1645 en la isla iniciando su conquista. Esta finalizó cuando los últimos reductos venecianos sucumbieron en 1669.

Pero una vez libre de la dominación otomana es cuando produce sus más bellas creaciones artísticas, manifestadas en los Iconos.

Y es que, los Iconos tienen en sí mismos una especial fascinación espiritual. Llegan mucho a los sentimientos, al corazón. Nos recuerdan que también el Hombre, varón o mujer, es *icono de Dios*.

Los Iconos vienen de oriente

Quedamos, pues, con que los Iconos son de origen oriental. Pertenecen al cristianismo oriental, y más concretamente, a la Iglesia Ortodoxa. En ellos, lo mismo se representa a Cristo, que, a María, a los ángeles, o a los santos. Son, por consiguiente, objetos religiosos que se emplean para orar, como queda dicho. Como objeto devocional, raro será el hogar cristiano donde no haya un Icono.

La Iglesia ortodoxa, como es sabido, no emplea imágenes de talla. El icono es, pues, una representación de algo sagrado. Puede ser en forma de pintura, pero nunca de escultura. Puede ser también en bajorrelieve en piedra o en metal, repujado o no, en mosaico. Normalmente se emplea una tabla de madera plana. La variedad de Iconos es muy amplia, dependiendo de las distintas escuelas de arte iconográfico.

Los Iconos son, fundamentalmente, como hemos apuntado, bizantinos. La sede principal de arraigo, lógicamente, fue Constantinopla, capital del Imperio Bizantino.

Escuela cretense

Nuestro Icono pertenece a una importante escuela pictórica, como es la cretense. Isla de Creta. Esta escuela recibe también el nombre de *escuela post-bizantina*.

Ha quedado reseñado que Creta estuvo bajo el control de la República de Venecia desde 1204 hasta el 1669. Pues bien, **tras la caída de Constantinopla la isla de Creta pasa a ser un importante centro artístico cristiano de cultura griega entre los siglos XV y XVII**. Es en este ambiente donde se desarrolla un particular estilo pictórico, influido tanto por la tradición bizantina como latina.

Efectivamente, la tradición pictórica de Iconos se desarrolló sobre todo en el Imperio Bizantino. Y desde Constantinopla se extendió a Rusia, Grecia, Rumanía, etc.

En Rusia, el uso y fabricación de Iconos acontece tras la conversión al cristianismo de Vladimiro I de Kiev, en 988.

Pero los Iconos son conocidos ya en los primeros siglos del cristianismo. De unos siglos más tarde, VI y VII, son por ejemplo los que se encuentran en el Monasterio de Santa Catalina, del Monte Sinaí.

Distintos son los nombres que reciben los Iconos similares al del Perpetuo Socorro. Son nombres que guardan una relación intrínseca entre ellos porque, en definitiva, tratan de resaltar cualidades de la Virgen María. Naturalmente, aquí nos referimos al Icono llamado del Perpetuo Socorro.

Evangelización de Rusia.

Este detalle es importante. Bajo la dirección y responsabilidad de los Patriarcas de Constantinopla se lleva a cabo, en el siglo X, la evangelización de Rusia.

Mucho tuvo que ver al respecto el gran duque Vladimiro I de Kiev. Tras un viaje que realizó a Constantinopla, quedó impresionado del cristianismo que ahí se vivía. Solicita entonces, el envío de misioneros para que se implante el cristianismo también en las estepas rusas.

Y él mismo, junto con su gente más cercana, recibe el bautismo el 15 de agosto de 988 en las aguas del Dnieper.

Vladimiro I está canonizado, y se venera, tanto en la Iglesia Ortodoxa como en la Iglesia Católica.

De este modo, Rusia, bajo el aporte de los misioneros, se convierte en otra importantísima sede iconográfica.

DESCRIPCIÓN DEL CUADRO

Nuestro Icono, procedente de Creta, fue venerado en Roma en la iglesia de los **Padres Agustinos, a finales del siglo XV**. De esto no hay duda. En cambio, es más **difícil datar la fecha de fabricación. Quizá entre siglos X y XI**, o tal vez algo más tarde. Su fiesta litúrgica se celebra el 27 de junio.

El Icono del Perpetuo Socorro nos presenta a María como una madre joven. María y Jesús están colocados sobre fondo dorado. El objetivo es transmitir un rico mensaje espiritual. La pintura bizantina, en general, y nuestro Icono, en particular, está lleno de **símbolos para una rica catequesis sobre la Redención**.

Los arcángeles van cargados con los instrumentos de la Pasión. A la izquierda, **Miguel sujeta una lanza** con la esponja empapada en hiel, la que los soldados ofrecieron a Jesús sobre la cruz, y lleva también la lanza que traspasó su costado. A la derecha, **Gabriel sujeta la cruz** y cuatro clavos.

Pintado al temple y en madera de nogal, su tamaño es de 53 por 41,5 centímetros. Es importante, al mismo tiempo, fijarse en los colores de la ropa que usan, tanto la Virgen como el Niño. La Virgen viste túnica roja, manto azul marino con vueltas verdes y esclavina. Una redecilla o pañuelo verde, le recoge el cabello. El Niño, a su vez, viste túnica verde con cinturón púrpura y manto marrón claro.

Además de la Virgen y el Niño, en el cuadro aparecen dos personajes más. Son, a la derecha del cuadro, el arcángel San Miguel, que porta la esponja y la lanza. Viste túnica color jacinto, y el manto y paño son verdes. A la izquierda, el arcángel Gabriel. Lleva los instrumentos de la Pasión: cruz griega de doble travesaño y cuatro clavos. Tanto la túnica que viste, como el manto y el paño, son de color jacinto. Ambos arcángeles sostienen en sus manos ocultas un pomo, seguramente el bálsamo para la sepultura. Todo ello constituye los símbolos de la Pasión. Los abundantes pliegues y sombreados de las vestiduras van profusamente marcados en color oro. Todos los personajes aparecen nimbados. Los pliegues de los paños van con reflejos de oro.

Colores del Icono

Este sagrado Icono es una síntesis de la Redención. Cada detalle está cargado de simbología. Comenzando por el fondo del cuadro. Vemos que es todo de oro. Aquí **el oro simboliza o representa el Cielo**. Los colores del ropaje de los cuatro personajes: la Virgen, el Niño, y los dos Arcángeles, son

verde, rojo y azul. Simbolizan las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. En la frente de la Virgen aparece una estrella. Nos recuerda la estrella de los navegantes. Recordemos que antiguamente, cuando aún no se habían descubierto los sofisticados instrumentos actuales de navegación, los marineros se guían por las estrellas. María es, pues, guía en nuestro caminar cristiano. “*Estrella de la Evangelización*”, como la llamó el Papa Pablo VI, en la conclusión de la Exhortación Apostólica acerca de la Evangelización del mundo contemporáneo, la “*Evangelii Nuntiandi*”, (n. 82).

Los nombres de los personajes están en **abreviaturas griegas: Jesús-Cristo, Madre de Dios, arcángel Miguel, arcángel Gabriel**. Los trazos sobre las letras son signos ortográficos y de abreviación. Las letras (en griego) sobre la cabeza de María, la proclaman *Madre de Dios*. María es representada siempre con Jesús, porque Jesús es el centro de la fe.

Contemplando el Icono, como está sólo de medio cuerpo, da la impresión de que la Virgen estuviera sentada. Sin embargo, está de pie. Es como si caminara en la dirección que el Niño indica con su mirada: hacia el Cielo. Al mismo tiempo, la Virgen nos mira a nosotros. Una invitación clara a que sigamos a su Hijo, que nos está diciendo que en el Cielo está nuestro Padre, Dios. Esa es nuestra meta.

Otro detalle precioso. Jesús se aferra a su Madre. Da la impresión de que acaba de saltar a refugiarse en su regazo, con prisa, tanta, que está a punto de perder una sandalia. Evidentemente, tiene miedo, algo le asusta. Podríamos interpretar que el miedo le viene al contemplar los instrumentos de la Pasión que presentan los Arcángeles. Es posible. **Asustado, se refugia en los brazos de su Madre**. No obstante, cabe otra interpretación, quizá más ajustada a la realidad. Es como si nos estuviera alertando de los peligros constantes que en la vida nos acechan. Y nos dijera: **mi Madre es seguridad**, ella es Perpetuo Socorro.

Cualquier interpretación es válida, porque interpretamos símbolos. Y, sobre todo, porque se trata de una catequesis post-pascual. Siendo el sagrado Icono, como queda dicho, una síntesis de la Redención, hay que contemplarlo situándonos a partir de la Resurrección.

En esta síntesis catequética, el Icono presenta la realidad teológica completa de la Redención realizada por medio de la Pasión. Los instrumentos de la Pasión no son sólo presagio de dolor y muerte. En las manos veladas los ángeles llevan como trofeo los símbolos de la victoria lograda. Que es un Icono de Resurrección y glorificación del Señor, lo están indicando los colores festivos, tanto en la Madre como en el Niño. María, una Emperatriz, en toda su belleza; y el Niño, feliz hijo de tal Madre.

¿Reina o Emperatriz?

En cuestión de nombres, a gusto del consumidor. Tratándose de un Icono mariano, de origen oriental, quizá le cuadre mejor el título de **Emperatriz. Espléndida y radiante**. Sobre todo, porque, aunque estén viendo, ella y su Hijo, los instrumentos horribles de la Pasión, es una visión *post-pascual*.

Y esto, ¿qué significa? Sencillamente. Basta acudir a las declinaciones de los verbos griegos. En el griego clásico hay un tiempo verbal, el *aoristo*. **El aoristo es un futuro**. Por consiguiente, algo que está por suceder, pero, curiosamente, *que ya ha sucedido*.

En español no existe este tiempo futuro. Para entenderlo de algún modo, podríamos echar mano de un adagio popular, muchas veces empleado: *a toro pasado*. Quizá este otro ejemplo nos pueda servir mejor: el cine. Estamos viendo una película, todo lo que estamos contemplando en la pantalla, aparentemente, está sucediendo *ahora mismo*. Y, sin embargo, puede que los protagonistas, tan vivos en la película, estén ya muertos.

Eso es. En el Icono, lo que están viendo no va a suceder, sino que ya ha sucedido. Se representa el dolor, pero visto desde la alegría posterior a la Resurrección. Con lo cual, el Icono tiene un sentido y contenido post-pascual, como queda dicho. Por eso la Virgen es una *basileia*, es decir, una Emperatriz, en todo su esplendor.

El Icono expresa muy bien el *Misterio Pascual*, es decir: nacimiento, vida, pasión, muerte, resurrección y glorificación de Cristo. De ahí también el valor y sentido catequético y misionero de este Icono, por ser una síntesis de la Redención.

Cristo es el centro del centro

Pintado al más puro estilo bizantino el Icono intenta transmitir un rico mensaje espiritual. El artista es, sin duda, un cristiano creyente y trata de comunicar, en esta condensada catequesis contenida en el cuadro, una realidad que está por encima de las realidades que nos rodean.

Es como asomarse a otra realidad que, estando más allá de nosotros mismos, no obstante, nos asume. Es como si al asomarnos para contemplar el cuadro nos quedáramos atrapados por el mismo.

El artista, o pintor, en este caso, es consciente de que Cristo es siempre el centro de todo. Como diría Juan Pablo II: “*Jesucristo, el Redentor del hombre, es el centro del cosmos y de la historia*”. Y de este modo, aunque María ocupa gran parte del cuadro, no obstante, el centro lo ocupa Cristo.

Está claro que el artista no ha tratado de hacernos un retrato de la Virgen, tampoco de Cristo. Por el contrario, ha plasmado una belleza que, más allá de lo meramente físico, trasciende lo físico y material para adentrarnos en la belleza del espíritu.

María no es una joven. Tiene los rasgos de una mujer madura, copiosa de maternidad. Tampoco Jesús, aunque aparece como niño, en realidad no lo es. Su rostro supera al rostro de un niño. Es como si se tratara de alguien en plenitud de facultades suficientemente maduras que sabe cuál es su misión. En este caso, la Redención. En suma, el cuadro está lleno de una simbología que invita a implicarnos en la obra de la Salvación. Un Icono cuyo contenido espiritual no nos deja pasivos.

La Virgen es mostrada sólo de medio cuerpo, pero se ve que está de pie. Viste túnica de color rojo abrochada en el cuello y un manto azul marino que la cubre desde la cabeza. Bajo el manto apunta una cofia de color verde mar, que oculta sus cabellos. Tiene sobre la frente, dos estrellas. Las coronas de oro y pedrería del Niño y de la Madre no pertenecen al Icono original. Son regalos del Capítulo Vaticano para su coronación.

Miradas indicadoras

La mirada de la Virgen es una mirada de Madre. Curiosamente, no mira a Jesús, ni a los ángeles que contemplan la escena. Nos mira directamente a nosotros. Son ojos tristes, qué duda cabe, ojos de quien ha sufrido, pero ojos, en definitiva, de Madre. Ojos que en silencio tratan de transmitir un ruego, una súplica. Como si nos dijera: Acercaos a mí los que sufrís, que yo entiendo vuestro dolor, porque yo también he pasado por el dolor más cruel como es ver morir a mi Hijo en la cruz. Acercaos a mí, que soy vuestra Madre.

Dentro del dolor expresado en su mirada, los ojos de María son de una enorme serenidad. Termina siendo un mirar dulce, lleno de ternura.

Mientras la Virgen nos mira directamente, Jesús, en cambio, ni mira a su Madre ni a los ángeles, no mira los instrumentos de la pasión, tampoco nos mira a nosotros. Es verdad que se aferra a su Madre, como buscando seguridad. Pero ¿a dónde mira?

Jesús mira a los lejos, mira la lejanía. Mira, podríamos decir, con preocupación. Como si fuera un sueño que trasciende el entorno, mira el futuro. ¿No estará pensando en todos aquellos que un día creerán, o no, en Él? ¿En aquellos que, estando fuera de la Iglesia, un día ingresarán al redil donde Él es el Buen Pastor?

La sandalia desprendida

Otro símbolo muy elocuente. Se trata de la sandalia. Los Iconos son hieráticos. Los artistas de la iconografía no conocían las técnicas para lograr perspectivas tridimensionales en la pintura, a diferencia de hoy en día. De ahí que recurran a la expresión simbólica, cosa que logran con mucho acierto. Por eso los Iconos tienen una fascinación especial. Invitan a orar. Desde esa

expresión hierática hablan al corazón. Los Iconos tienen personalidad, estética y solemnidad.

Este símbolo de la sandalia desprendida pone en movimiento nuestra mente. Logra que nos pongamos en situación y nos imaginemos cómo el Niño, que estaría jugando cerca de su Madre, ha visto algo que le asusta. Corre al refugio seguro de la madre. En ese correr trastabillado se le desprende una sandalia. Pero no del todo. La correa sigue uniendo sandalia y pie. Una unión endeble, pero unión. Es como si dijera que cuando todo se nos hunde alrededor, siempre hay un punto de agarre, siempre hay una esperanza, siempre hay un punto de salvación. Siempre hay una Madre.

En este caso, la teología nos lleva más allá. Nos lleva a ver que ese punto de salvación es la Iglesia, de la que todos somos parte por el bautismo. Una Iglesia cuya cabeza es Cristo, y nosotros los miembros que conforman el cuerpo total, en la expresiva imagen de san Pablo. En la Iglesia siempre encontraremos protección y amor. Pero en la Iglesia hay una Madre: María.

El hecho de que María, al tiempo que protege a su Hijo, siga mirándonos a nosotros, sin preocuparse de si la sandalia se ha soltado o no, nos está diciendo a las claras que cuando tengamos problemas, como los está teniendo su Hijo, que no dudemos, que acudamos a ella. Igual que el Hijo ha encontrado amparo y seguridad en ella, así también nosotros lo encontraremos si acudimos a su maternal socorro.

Nos está diciendo que su mano permanece abierta para todos, invitándonos a poner también nuestras manos en la suya y a unirnos con ella a Cristo. No importa si andamos calzados o descalzos. Es más, cuanto más desvalidos y faltos de todo nos veamos, mayor motivo para acudir a ella como lo ha hecho Jesús.

3

EL ICONO ES LLEVADO A ROMA

Un comerciante el portador.

Cuando la historia se pierde en el tiempo corre el peligro de trocarse en leyenda. No obstante, la historia prevalece y la leyenda embellece la historia.

En cierto modo, este axioma podríamos aplicarlo también a nuestro Icono. Sólo que, salvo algunos detalles que se pierden en el tiempo, nuestro Icono está avalado por la historia.

La historia del Icono del Perpetuo Socorro prevalece anclada en datos constatados y certificados. El hecho es que un día alguien trajo el Icono desde la isla de Creta a Roma. El Icono fue llevado a Roma. ¿Por quién? Por un mercader.

Efectivamente, ese alguien era un mercader, o comerciante. A buen seguro que no debía ser la primera vez que hacía ese viaje, puesto que en Roma tenía unos amigos, en cuya casa se hospedó. Entre sus pertenencias, iba el sagrado Icono, que, como es de suponer, sería objeto de su devoción mariana.

La leyenda, envoltorio decorativo de la historia, dice que ese comerciante era, más bien no, un ladrón. Y, en aras de la leyenda, se dice que el tal comerciante sustrajo el Icono de una iglesia. Que lo escondió entre sus cosas. Y que se embarcó hacia Roma. De esto no hay prueba alguna. Y, desde luego, no iba huyendo de la justicia.

Tempestad en el Mediterráneo.

El *Mare Nostrum* de los fenicios, y de tantos pueblos, el Mediterráneo; a veces sereno, otras no tanto, sabe también de tormentas bravas y peligrosas. Partiendo de Creta, iban ya rumbo a Roma, cuando de pronto el mar se embraveció. Se levantó una fuerte tempestad. El peligro de irse a pique la embarcación con todo, tripulación incluida, inminente. Y esto sí es historia. Aquí, no hay adornos de leyenda imaginativa. Aquí, a diferencia del profeta Jonás, nadie huía; ni nadie tuvo que ser lanzado al mar. A nadie se lo tragó, por consiguiente, un cetáceo. Y aclaremos, nadie llevaba un botín robado.

Ante el inminente riesgo de naufragio, el buen mercader, poniendo a vista de todos el sagrado Icono, invitó al pasaje, incluidos los marineros, a que se encomendaran y rezaran a la Virgen María, nunca mejor llamada del *Perpetuo Socorro*. María vino en ayuda de todos. La tempestad se calmó. El susto pasó. Nadie pereció, y todos pudieron llegar felizmente su destino.

Por fin en Roma.

Por fin llegaron a Roma el mercader y su valioso tesoro. Jamás podía imaginar aquel hombre la importancia que acumulaba aquel Icono, y la transcendencia que iba a tener.

Ya en Roma, portando el sagrado Icono, el mercader fue a hospedarse en la casa de un matrimonio amigo. Pero al poco tiempo cayó gravemente enfermo. Pidió entonces a sus amigos que, por favor, colocaran el sagrado Icono en una iglesia. Se supone que, de algún modo, la Virgen le habría hecho saber su deseo de ser honrada en una iglesia.

Este matrimonio amigo así se lo prometió. Pero, también al esposo le llegó la hora de entregar su alma al Creador, y murió. Murió sin haber cumplido la promesa. Quizá no tuvo tiempo de cumplirla. Y el Icono continuó en la casa.

Cabe, no obstante, preguntar: ¿Por qué no cumplió la promesa dada? Pues porque a su mujer le encantó el Icono. Tanto le gustó, que persuadió a su marido, estando aún en vida, de que se quedaran con el cuadro, reteniéndolo en la casa.

Un feliz 27 de marzo de 1499

Está claro que la Virgen tenía otro plan. El Icono debía ser llevado a la iglesia, lugar apropiado para su pública veneración.

Pero aquella ama de casa, sin duda fervorosa cristiana, y al parecer bastante egoísta, seguía apegada al cuadro sin querer desprenderse de él. Y no obedeció. Volvió la Virgen a insistir. El romano insistía a su mujer para que llevara el cuadro a la iglesia. Pero la mujer, erre que erre, no daba el brazo a torcer.

De algún modo, la Virgen debió apremiar al romano: *“Pues tendrás que salir tú primero, para salir yo después en busca de lugar más honorable”*.

Total, que se murió el buen hombre. A continuación, la Virgen se aparece a una hija del finado, de sólo seis años: *“Avisa a tu madre y a tu tío, y diles que Santa María del Perpetuo Socorro quiere que la saquéis de casa, si no queréis morir todos muy pronto”*.

Tan real debió ser el aviso, que la niña se lo contó a su madre. Y ésta, menos mal y por fin, parecía que se aviniera a obedecer. Pero siempre hay un pero. Ahora es una vecina la que se entremete donde no la llaman, y convence a su convecina de que no lo haga. La tal vecina volvió a su casa, y enfermó de peste. Pero, sin duda que también era devota de la Virgen. Invocó a María y se curó.

La Virgen indicó a la niña que dijese a su madre que quería ser llevada a la iglesia de San Mateo. San Mateo estaba situada entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Esta iglesia estaba regentada por los padres Agustinos. Al fin, la buena, aunque tozuda mujer, obedeció. Fue, y avisó a los frailes. Organizaron una concurrida procesión, y con acompañamiento de clero y pueblo, el sagrado Icono fue trasladado con toda solemnidad a la iglesia de san Mateo. Ocurría esto un 27 de marzo de 1499.

Pero la historia, avalada por los datos, dice más. En el camino desde la casa de la mujer, ahora viuda del romano, hacia la iglesia, se produjo una curación milagrosa: un hombre tocó la sagrada imagen y, de inmediato recobró el uso de un brazo que tenía paralizado.

Bien, una vez en el templo, colocaron el Icono sobre el altar mayor de la iglesia, entre el entusiasmo y el fervor de la gente. Y allí permaneció cerca de trescientos años.

El Icono venerado por el pueblo romano

De esta manera, el milagroso cuadro, o Icono del Perpetuo Socorro, fue querido y venerado por los cristianos de Roma como un cuadro verdaderamente milagroso. De hecho, fue instrumento de numerosas curaciones y gracias.

Pues bien, todo esto acontece en el año 1499. Era papa Alejandro VI. En aquel entonces, la iglesia de san Mateo era un templo menor, situado, como decimos, entre las grandes basílicas de Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. Allí permanecería el sagrado Icono del Perpetuo Socorro durante trescientos años.

Los escritores de la época narraron ampliamente los milagros atribuidos a la imagen. Parece ser que el siglo XVII fue el más intenso en cuanto a la devoción y culto a la Virgen bajo este título tan entrañable de Perpetuo Socorro.

1798: destrucción de San Mateo

Fue pasando el tiempo. Estamos en 1798. Napoleón con su ejército francés toma la ciudad de Roma. Sus atropellos y brutalidad, incontables. Comenzó por desterrar al Papa Pío VII y, con el pretexto de fortalecer las defensas de Roma, destruyó no menos de treinta iglesias, entre ellas la de San Mateo, la cual quedó completamente arrasada.

Junto con la iglesia, se perdieron muchas reliquias e imágenes venerables. Pero uno de los Padres Agustinos, providencialmente justo a tiempo, había logrado llevarse secretamente el cuadro.

Estos frailes Agustinos eran irlandeses. Se trasladan entonces, con el cuadro, a la próxima iglesia de San Eusebio. Y, de allí, a Santa María *in Postérula*.

Nombres de los Iconos

La iconografía trataba de transmitir conceptos teológicos a través de los iconos, ya que éstos tenían una finalidad catequética. Así, por ejemplo, si nos fijamos en los nombres dados a María, la iconografía resalta muy ricos y variados aspectos. Así, tenemos iconos que presentan a María como: *La Virgen Hodigitría* (es decir, “*la que señala el camino*”). En él aparece la Madre con el Niño en brazos, y una de sus manos lo está señalando.

La Virgen Eleusa (es decir, de la “*ternura*”). Su origen está en el mundo copto. Se la conoce también, es una variación, con el nombre de: *Glycofilusa* (o sea, “*dulce amor*”). Representa a la Virgen con el Niño, de medio cuerpo, y en lo alto campea lo que podemos considerar como título del icono. Son las siglas de María Madre de Dios: *MP QY (Meter Theou)*. Este grupo los iconos pertenece a lo que los rusos llaman *Virgen Strastnaia*, (“*Virgen de la Pasión*”), porque a ambos lados de la Virgen están los arcángeles Miguel y Gabriel mostrando los instrumentos de la Pasión.

Aunque bien se puede decir que nuestro Icono recoge todos estos aspectos anteriores, sin embargo, resalta sobre todo el tema de la Pasión (*Strastnaia*). De manera que, *La Virgen del Perpetuo Socorro*, con su ternura de Madre, y señalando como nos señala a Cristo, Camino, Verdad y Vida, está encuadrada dentro de los Iconos de la Pasión. De ahí que, a la vista está, ese deje de cierta tristeza que no pasa desapercibido.

Icono de la Pasión, sí. Pero de la Pasión gloriosa de Cristo. En él se percibe dolor, pero también se percibe la ternura y la misericordia de Dios. Es un Icono que resalta la glorificación del Hijo de Dios, Cristo. Y también de la Virgen. De este modo, los instrumentos de la Pasión, portados por los arcángeles Miguel y Gabriel, se convierten en trofeos gloriosos ganados en buena lid.

Ciudadana del mundo.

Pero hoy, empleando un lenguaje al uso, la Virgen del Perpetuo Socorro es la primera *Ciudadana del mundo*. Existen unos veinte institutos religiosos acogidos a su advocación de Madre del Perpetuo Socorro.

Grandes santuarios la celebran permanentemente con un constante fluir de peregrinos, como el de Baclaran (Filipinas); Belem (Brasil); Bombay (India); Singapur..., etc. En Haití es Patrona de la Nación. ¿Quién no conoce hoy el Perpetuo Socorro?

Contemplando el Icono, bien podemos decir que, además de *Ciudadana del mundo*, es también “*La Estrella de la Nueva Evangelización*”.

A María se le ha llamado la *Corredentora*, en razón de que su vida estuvo siempre entregada al servicio de Cristo, el Divino Redentor. De forma total colaboró en el plan de Redención. Ella acogió al Hijo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo, lo cuidó siendo Niño con toda la ternura que Dios puso en su corazón de Madre. Intercedió ante Él en la boda de Caná. Pero donde María se muestra eminentemente Corredentora es junto a la Cruz de su Hijo. Y es Corredentora, podemos decir también, cuando el Espíritu Santo viene sobre Ella y los Apóstoles el día de Pentecostés. Allá está ella, como Madre, en medio de los apóstoles.

Los Misioneros, en general, y los Redentoristas en particular, bien podemos señalarla como Corredentora cuando acompaña, a través de los siglos, a todos los misioneros que, cumpliendo el mandato del Señor “*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación*” (Mc 16,15) van llevando la Buena Nueva a todas partes.

AÑOS 1855-2018: UN REPASO A LA HISTORIA

Como queda dicho, el sagrado Icono fue venerado en Roma, en la iglesia de San Mateo, regentada por los PP. Agustinos, desde finales del siglo XV, hasta que Napoleón la destruye a principios del XIX. Y desde 1866 sigue siendo venerado en la actual iglesia de San Alfonso M^a de Ligorio; construida, precisamente, en los aledaños donde había estado la de San Mateo.

Los religiosos Agustinos habían salvado el cuadro milagroso. Pero, hasta que las aguas volvieron a su cauce tras la invasión de Napoleón a Roma, el Icono cayó en el olvido durante unos años.

Y bien, resulta que en 1855 los misioneros Redentoristas compran unos terrenos al lado de la *Via Merulana*, y muy cerca de Santa María la Mayor. Cabalmente, donde estuvo la iglesia de san Mateo.

Fue ese año cuando el Padre Miguel Marchi, descubridor del Icono, tomó el hábito redentorista. De niño había sido acólito en dicha iglesia de San Mateo. Él sí tenía conocimiento del Icono, como a continuación veremos.

La gran Misionera

La Iglesia es Misionera por esencia. Pues bien, María es la gran Misionera. Así lo quiso Cristo. Y siendo María la primera y más cualificada seguidora de Cristo, es, automáticamente, la primera Misionera. Así la han visto siempre los cristianos. El Papa Pablo VI, en la conclusión de la Exhortación Apostólica acerca de la Evangelización del mundo contemporáneo, "*Evangelii Nuntiandi*", llama a María "*Estrella de la Evangelización*" (n. 82).

Y el Papa santo, Juan Pablo II, en la Carta Apostólica de Clausura del Año Jubilar "*Novo Millennio Ineunte*" (*Al comienzo del Nuevo Milenio*), la proclamaba como "*La Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización*".

A su vez, el Papa Francisco escribe: "*Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización*". (*Evangelii Gaudium*, n.284).

Intervención del Padre Marchi

Lo dicho. El año 1855 tomaba el hábito redentorista un joven, que llegaría a ordenarse como Sacerdote Redentorista. Su nombre: Miguel Marchi.

De niño había sido monaguillo de los Agustinos, custodios del cuadro. En la comunidad agustina había un santo Hermano lego, fray Agustín Orsetti. Era ya muy anciano. Había conocido el culto y los milagros de la Virgen, a la sazón casi olvidada. Con frecuencia solía decir al monaguillo: “*Miguelito, sábetelo bien. La Virgen de San Mateo la tenemos en el oratorio. No lo olvides... ¡Era muy milagrosa!*”. Miguel no lo olvidó.

Efectivamente, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro presidía ahora la capilla privada de los Padres Agustinos, *in Postérula*. Allí permaneció sesenta y cuatro años, casi olvidada. Lo cual era lógico, por no estar en un lugar asequible a los fieles.

Dicen que Dios escribe recto con líneas torcidas. No estaban tan torcidas, por lo que se ve. Sobre las ruinas, prácticamente, de la derruida iglesia de san Mateo, por el furor innoble e inculto de Napoleón, se levantaba ahora la iglesia de San Alfonso. Sede, al mismo tiempo, del Superior y Gobierno general de los Redentoristas.

El lugar donde en 1855 los hijos de San Alfonso M^a de Liguori compraron el terreno para construir la nueva iglesia, estaba, y está, al lado de la *Via Merulana*, muy cerca de Santa María la Mayor. Se llamaba *Villa Caserta*. Con el paso del tiempo, hay cosas que caen en el olvido. En esto, uno de los padres de la comunidad, cronista e historiador de la casa, se pone a realizar unos estudios acerca del sector de Roma donde vivían. Averiguó entonces que había múltiples referencias a la que había sido la iglesia de San Mateo. Y también a la *pintura milagrosa* de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Un día, comentando en la comunidad sus investigaciones sobre la iglesia actual de San Alfonso, y explicar lo que había logrado averiguar sobre una pintura milagrosa llamada de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a la sazón desaparecida, se encontró con que entre los presentes estaba el, ahora ya sacerdote, Padre Miguel Marchi. El mismo que había sido monaguillo de los Agustinos, *in Postérula*, siendo niño.

El Padre Marchi, a su vez, contó emocionado todo lo que le había oído a aquel buen Hermano lego, agustino.

Al saber esto, el padre General de los Redentoristas, a la sazón padre Nicolás Maurón, ni corto ni perezoso, y acompañado del mismo padre Marchi, se presenta ante el Papa Pío IX. Contó al Papa el caso del milagroso cuadro, y su paradero. Y que la voluntad de la Virgen había sido ser expuesta al culto entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán, término que coincidía precisamente con el solar actual de los Redentoristas. Y pidió el cuadro al Papa.

Pío IX acogió la petición del padre Maurón. Pocos días después, por escrito redactado de puño y letra, ordenó al cardenal prefecto de la Propaganda gestionase la entrega del cuadro a los padres Redentoristas. Así se hizo. Era un 11 de diciembre de 1865. A los pocos meses, el día 26 de

abril de 1866, nuevamente el milagroso cuadro volvía a recorrer las calles de Roma.

Al año siguiente fue coronado el cuadro por el Cabildo Vaticano. El Papa había dicho: *“Dadla a conocer”*. Desde entonces, las innumerables copias del Icono original no han cesado de recorrer aldeas, pueblos y ciudades del mundo entero, con gran fruto espiritual de la gente.

La más documentada.

El cardenal Franz Ehrle (17 octubre de 1845-31 marzo 1934), jesuita alemán, fue nombrado cardenal en el consistorio de 11 de diciembre 1922. Cuando, en 1880, el Papa León XIII abrió los archivos vaticanos, Ehrle fue llamado a Roma para hacer investigación sobre la correspondencia oficial entre la Santa Sede y Alemania durante la guerra de los 30 años. En septiembre de 1890 pasó a ser miembro extraordinario de la Junta de Consejeros de la Biblioteca Vaticana. Pues bien, cierto día le comentaba a un padre redentorista: *“No hay Virgen romana más documentada que la Virgen del Perpetuo Socorro”*. Importante testimonio, sin duda.

Cretense de origen, el Icono de la Virgen del Perpetuo Socorro es romano de arraigo. Y de conocimiento y devoción universal.

Juan Pablo II y el Perpetuo Socorro

Todos conocen la gran devoción que, el hoy canonizado, Papa Juan Pablo II, tenía a la Virgen. En su autobiografía *“Don y misterio”*, donde refiere los orígenes de su vocación sacerdotal, afirma: *“No puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la Madre del Perpetuo Socorro a la cual, por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del Instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen”*.

Hermoso testimonio, ciertamente, de un Papa enamorado de la Virgen.

Pero hay más. Con ocasión del viaje a los Pueblos de Extremo Oriente, Juan Pablo II oró y dijo lo siguiente en el Santuario redentorista de Baclaran, Manila, el 17 de febrero de 1981:

“He tenido la posibilidad de venir hoy aquí por segunda vez en mi vida. La primera vez que me detuve fue al ir al Congreso Eucarístico de Australia; y mientras celebraba la Misa al atardecer fui testigo de la devoción filial verdadera y de la confianza inmensa que tienen en Ti, Madre del Perpetuo Socorro, los fieles, la gente que vive en esta gran ciudad, capital de Filipinas.

Hoy vengo como Sucesor de San Pedro en la Sede de Roma, pues por inescrutables designios de la Divina Providencia plugo a Cristo llamarme al ministerio universal en la Iglesia. Siguiendo las huellas de mi predecesor Pablo VI, vengo como peregrino a las Iglesias y pueblos de Extremo Oriente. Vengo a elevar a los altares, lejos de Roma y al mismo tiempo en estrecha unión con ella, a los mártires que dieron la vida por Cristo en Nagasaki en los años 1633, 1634 y 1637. Entre ellos figuraba el filipino Lorenzo Ruiz, el primer hijo de la Iglesia de este país que llega a la gloria de la beatificación.

A Ti, Reina de los Mártires y Madre de la Iglesia, deseo confiar de modo especial este ministerio papal mío y sus múltiples dimensiones. Ya desde los comienzos, de la sangre de los mártires precisamente nació y creció con fuerza la Iglesia de tu Hijo, la Iglesia de Jesucristo, con cuyo sacrificio en la cruz, Tú, Madre, cooperaste, con el sacrificio maternal de tu corazón.

Son muchos ciertamente los ejemplos que encontramos de tal testimonio prestado por mártires santos y bienaventurados en varias partes del gran continente de Asia. Los fundamentos de la fe sellados con la sangre parecen estar hondamente arraigados ya en el terreno de la historia. Pero no somos nosotros, que somos seres humanos, quienes podemos medir y decir si estos fundamentos son suficientes para construir el servicio al Evangelio y a la Iglesia en estas extensas tierras y en las incontables islas que las rodean. Este juicio lo dejamos a la misericordia del mismo Dios, al Corazón de nuestro Redentor y Señor, y al Espíritu Santo que guía a la humanidad y a la Iglesia a través del testimonio de sangre prestado al Reino de amor y de verdad.

No obstante, todo el trabajo inmenso que se presenta ante nosotros, yo, Juan Pablo II, con plena conciencia de mi debilidad humana y de mi indignidad deseo —como siempre hago— confiarlo a Ti, Madre de Cristo y de la Iglesia, que velas con tu incesante amor maternal sobre ella en todas partes, dispuesta a prestar toda clase de ayuda a cada corazón humano y en medio de todos los pueblos. Y sobre todo entre quienes están probados más duramente por el sufrimiento, la pobreza y toda clase de aflicciones imaginables.

Así, en el umbral de mi visita pastoral a Extremo Oriente, te encomiendo y consagro con confianza absoluta, como a Madre de nuestro Redentor, todas las naciones y pueblos de Asia y de las islas que la rodean. Te encomiendo y confío la Iglesia, particularmente los lugares donde padece más dificultades, donde no es comprendida debidamente su misión ni tampoco su irreprimible deseo de servir a los individuos y a los pueblos. En el umbral de esta peregrinación te encomiendo hoy las hospitalarias Filipinas y la Iglesia que, al estar arraigada aquí con fuerza particular, siente con la misma fuerza particular su responsabilidad

misionera. Que no le falte la fuerza necesaria para la obra de evangelización. Que persevere en el servicio de su pueblo y en la apertura a todos los demás, como siervo fiel que espera constantemente la llegada del Señor.

Madre del Perpetuo Socorro: Acoge esta consagración humilde y deposítala en el Corazón de tu Hijo, Tú que cuando estabas al pie de su cruz en el Calvario nos fuiste dada a cada uno de nosotros como Madre. Amén”.

Juan Pablo II tuvo siempre una entrañable devoción a María Santísima bajo la advocación de *Perpetuo Socorro*.

El 30 de junio de 1991 Juan Pablo II, hoy en los altares, visitó la Iglesia de San Alfonso, y Casa General de los Redentoristas, en Roma. ¿Motivo? Se celebraban los 125 años del culto público al icono del Perpetuo Socorro en dicha Iglesia. En la charla que mantuvo con la comunidad redentorista tras la celebración religiosa dijo entre otras cosas:

“...Recuerdo que, en la última guerra, durante el periodo de la ocupación nazi de Polonia y siendo yo obrero en una fábrica de Cracovia, me paraba siempre en una iglesia, precisamente la de los redentoristas, que se encontraba en mi camino de regreso de la fábrica a casa. En aquella Iglesia había una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro. ¡Cuántas veces me detuve ante dicha imagen! y no sólo porque me caía de paso, sino también porque la encontraba muy bella. Aún después de ser Obispo y Cardenal de Cracovia volví a visitar dicha Iglesia. Prediqué en ella muchas veces y también en ella administré Sacramentos, sobre todo el de la Confirmación. Se comprende fácilmente, pues, que el venir hoy aquí me resulte como si hiciese un viaje hacia mi pasado, hacia mi juventud...”.

Lo dicho, san Juan Pablo II gran devoto del Perpetuo Socorro.

MADRE COPIOSA DE HIJOS.

De doce estrellas coronada

Hay veces que las palabras dicen más de lo que parecen decir. Por ejemplo, si yo escribo: doce estrellas. Doce es un número aritmético. Pero, más allá de la aritmética está el también el contenido simbólico que los números pueden representar. De hecho, la Biblia contiene una serie de números simbólicos. Por ejemplo, los números cuarenta, doce, siete, tres. Más allá de la simple aritmética, son números de plenitud. Cuarenta días duró el Diluvio universal. Cuarenta años la travesía del Pueblo hebreo por el desierto. Cuarenta, los días de ayuno de Cristo en el desierto...

Sucede lo mismo con el número doce. Doce fueron los Patriarcas en el Antiguo Testamento. Doce los Apóstoles, en el Nuevo Testamento... Lo mismo podemos decir del número siete, o del tres. En definitiva, los números tienen también un contenido simbólico. Metáfora y plenitud.

Pues bien, esto mismo sucede en el Apocalipsis, concretamente en el capítulo doce: *“Apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”* (Ap 12,1).

La Mujer aparece coronada de *doce estrellas*. No es casualidad. Ni un simple numeral, sino un símbolo. Esas doce estrellas están representando a las doce tribus de Israel que, a su vez, representan a toda la Humanidad. Es decir, y bien se puede decir que *María es una Madre copiosa de hijos*. Madre universal.

En el número 68 de la *“Lumen Gentium”*, del Concilio Vaticano II, se dice: *“María antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo”*. María es símbolo de unidad de toda la Humanidad. El Pueblo de Dios siempre ha tenido un olfato intuitivo e innato para captar las cosas de Dios. El auténtico teólogo es el Pueblo. Luego, a continuación, irán surgiendo los teólogos profesionales, que tratarán de ir dando forma y expresión a las grandes intuiciones del Pueblo.

El Pueblo de Dios, ha sabido captar la importancia y el papel que María desempeña en la Historia de la Salvación. Ha sabido ver en ella a la Madre de Dios, y Madre de los hijos de Dios. Es, pues, la Mujer radiante del Apocalipsis. Se trata de la Inmaculada, se trata de la Mujer asunta a los cielos en cuerpo y alma, se trata de la Madre de toda la Humanidad. Se trata, en definitiva, de la Mujer por excelencia. Ella no es una diosa, pero es la criatura más excelsa que Dios eligió para hacerse Hombre en Jesucristo. Única, irrepetible. Es, en definitiva, el gran signo de esperanza para el pueblo creyente.

Glorificada en el cuerpo, es la exaltación y glorificación de la corporalidad, y, por ende, de la sexualidad, como obra magnífica de Dios. La dicotomía cuerpo-alma, ha hecho que, en vez de fijarnos en la *persona* en cuanto tal, nos hayamos fijado en la materialidad del cuerpo; y éste como negatividad. ¡Cuánto daño ha hecho a la misma persona esta distinción cuerpo-alma!

La glorificación de María nos indica el valor del cuerpo, en armonía con toda la persona. Nos indica también que la vida temporal, por lo mismo, tiene caducidad, sí. Pero que tras la muerte hay un Cielo, hay un Dios, que es nuestro destino final.

La persona necesita estar en armonía. Por lo cual, es necesario que cuerpo y alma estén en sintonía. Hay que ver la vida, y en primer lugar la persona, como el gran regalo de Dios. Y Dios es Amor. De otro modo, ¿con qué cara podemos presentarnos ante Dios si hemos negado la belleza y dignidad del cuerpo como parte integradora de la persona humana? Sería como negar la obra de Dios.

Viendo a María es como mejor podemos entender la dignidad del ser humano. La dignidad de cada uno de sus hijos e hijas, que acuden con cariño al regazo seguro de una Madre copiosa de hijos.

María, mujer universal

A lo largo de la historia de la humanidad ha habido mujeres que han sobresalido de modo especial, ya sea por su belleza, o por sus dotes de mando, heroísmo, santidad, etc. La Biblia presenta varios casos. Pero ninguna de ellas ha alcanzado la importancia y transcendencia que ha alcanzado la Virgen María.

En el Antiguo Testamento, María aparece prefigurada en la Promesa de la Redención: (Génesis 3,15). Aparece prefigurada en los Profetas: (Mi 5, 2-3). Y también en las grandes mujeres de Israel como, por ejemplo, Rebeca, Ester, Judith...

La plenitud de los tiempos, como destaca el Concilio Vaticano II (LG 55), se cumple en María, porque en ella se cumplen todas las esperanzas de la Salvación: Es la llena de Gracia: (Lc, 1,28). Es la puerta de entrada de Cristo al mundo.

La vemos en su misión de Madre, en la Infancia de Cristo. La vemos aparecer en determinados momentos del Ministerio público de Cristo. La labor de María en la vida de la Iglesia aparece, sobre todo, a partir de Pentecostés: (Act 1,14). Con razón María es Madre de la Iglesia.

Concluido el ciclo vital de su existencia en la tierra es llevada a los cielos en cuerpo y alma, como imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada. Es decir, antecede al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza, resalta la *Lumen Gentium* (LG 68).

Su título de Madre de la Iglesia, no es gratuito. Está asociada a Cristo en la obra de la Salvación: (LG 56). Es la Madre de Cristo desde la Anunciación: (Lc 1, 26-38). Y es la Madre de todos los cristianos en el Calvario: (Jn 19, 25-27; LG 61). Es natural, por consiguiente, que continúe alcanzándonos los dones de la Salvación: (LG 62).

De ahí la estrecha relación Iglesia-María. ¿Cuál es la razón? Pues que María es Modelo de la Iglesia, y Madre de cada cristiano. Ahora bien, siendo la Madre, nuestro deber es amarla, venerarla, invocarla e imitarla, como se expresa la Lumen Gentium (LG 66).

No ha habido mujer más excelsa y sublime, en toda la historia de la Humanidad, que María. Son los designios maravillosos y salvíficos de Dios. El que Dios haya hecho maravillas en María ha sido en beneficio de todos los humanos. Por eso, a lo largo de la historia del cristianismo ha habido siempre una exquisita sensibilidad a la hora de mostrar el cariño, la admiración, y la devoción a María.

Los Santos Padres, así llamados, de los primeros años del cristianismo, han escrito páginas bellísimas a cerca de María. Pero lo mismo ha sucedido con los santos de siglos posteriores. Uno de los que más han destacado en el amor, y en la difusión del amor a María, ha sido San Alfonso María de Ligorio en su famoso libro *“Las Glorias de María”*.

San Alfonso afirma:

- María consigue que todos sus devotos se salven.
- María impide que sus devotos se pierdan.
- María pone a sus devotos en camino de salvación.
- María posee gran poder contra el mal.
- María escucha nuestras plegarias.

Y de esta manera, va desgranando una serie muy nutrida de ejemplos concretos donde se ve la poderosa intercesión de María en favor de sus fieles devotos, como son curaciones, liberación de peligros inminentes, etc. Y aún más numerosas son las citas que recoge de escritos sobre la Virgen, tanto de los Santos Padres como de los Santos en general, sobre todo de aquellos que más han destacado en extender la devoción y el conocimiento de María.

María, alegría del Evangelio

El Papa Francisco en la *“Evangelii Gaudium”* (La Alegría del Evangelio), dice: *“Cada vez que miramos a María volvemos a creer en la revolución de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes”* (n.288).

En consecuencia, es lógica y natural la gran devoción a la Virgen María que el pueblo ha sabido expresar de tan distintas maneras: fervor, devoción, advocaciones, templos...

El mismo Papa Francisco, en la Exhortación *Evangelii Gaudium*, le dice a María: Tú eres la Alegría del Evangelio.

Y, si, como dice el Papa, “*la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*”, con mayor motivo llena el corazón de María.

El centro de nuestra fe, por supuesto, es siempre Cristo. María supo girar en torno a ese centro. Desde su silencio elocuente de Madre, vivió sin duda en su corazón el gozo de ver a su Hijo pasar “*haciendo siempre el bien*” a todos. Llevando a todos consuelo y esperanza. O la alegría de ser perdonados. O el gozo de haber recobrado la salud, o la vista, o la movilidad de sus miembros.

Pero es que, también María ha pasado por el mundo haciendo el bien. Ella, igual que Cristo, estuvo, está, y seguirá estando siempre con los más débiles, con los más necesitados, como “Madre del Evangelio viviente”. Ése es su gozo y alegría y, como por ósmosis, diremos: y nuestro gozo y alegría.

Qué vivificante resulta, al respecto, en la aludida Exhortación *Evangelii Gaudium*, del Papa Francisco, el resumen que hace del Evangelio en el nº 5 en referencia a María, como tema de alegría:

“*El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría. Bastan algunos ejemplos: «Alégrate» es el saludo del ángel a María (Lc 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1,41). En su canto María proclama: «Mi espíritu se estremece de alegría en Dios, mi salvador» (Lc 1,47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: «Ésta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud» (Jn 3,29). Jesús mismo «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Su mensaje es fuente de gozo: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena» (Jn 15,11).*

Para terminar. También nosotros, cristianos y no cristianos, hijos e hijas, fieles admiradores de María, mirando al sagrado *Icono del Perpetuo Socorro*, le decimos: “*Alégrate, María*”, porque siendo tú “*La Alegría del Evangelio*”, eres también causa de nuestra alegría. Tú eres Evangelio en el Evangelio.

ICONO QUE IDENTIFICA A LOS REDENTORISTAS

El cantor de las Glorias de María

No es otro que San Alfonso María de Liguori. Los caminos de Dios son inescrutables. Ciertamente. ¿Quién le iba a decir a él, el gran cantor y autor de *Las Glorias de María*, a él, que no conoció el sagrado Icono, que un día sus Redentoristas serían los grandes propagadores de la devoción al Perpetuo Socorro?

Como es sabido, San Alfonso fue un gran devoto de la Virgen, y uno de los grandes defensores de la Concepción Inmaculada de María. Eso, bastante antes de que el Papa definiese como dogma la Inmaculada Concepción de María. La prueba es que puso la *Congregación del Santísimo Redentor* (Redentoristas), bajo el especial patrocinio y protección de la Inmaculada. Su gran amor a la Virgen lo inculcó también a toda la Congregación, y ésta ha sabido conservarlo fielmente.

Si nos atenemos a la historia del Icono del Perpetuo Socorro, ya hemos visto que ha tenido períodos de auge y de olvido. En Roma se le tuvo gran devoción, desde su llegada a finales del siglo XV. Pero vino la invasión infausta de Napoleón, y la subsiguiente destrucción sacrílega de los templos. Y el sagrado Icono cayó en el olvido.

Pero los planes de Dios no son de destrucción, sino de salvación. Y así, vemos que hay dos acontecimientos históricos que influyeron poderosamente en el auge y promoción del Icono más allá de las fronteras de Bizancio. De Bizancio pasa a Rusia, y demás Pueblos balcánicos. Se produce entonces el primer y muy importante acontecimiento: la *conversión del pueblo ruso* al cristianismo, gracias a la evangelización de Rusia realizada en el siglo X, bajo la responsabilidad de los Patriarcas de Constantinopla.

Tradición iconográfica en Rusia.

Es bien sabido que, además de los misioneros, también los pintores se encargaron de llevar la tradición iconográfica de Bizancio a Rusia. Y es en Rusia donde los iconos adquieren rasgos propios y distintivos. De tal manera que, al organizar sus celebraciones litúrgicas, los cristianos en Rusia tuvieron que elegir entre el paradigma bizantino o el romano. Se optó por el bizantino en su forma eslava. De este modo, la aceptación de la liturgia eslava supuso la vinculación a la organización eclesiástica bizantina. Pero sólo en cuanto a la liturgia. Porque los rusos nunca fueron, de manera formal, miembros del imperio bizantino.

También Rusia tuvo que pasar por una fuerte crisis religiosa. Fue cuando en el siglo XIII, cae Kiev en poder de los mongoles. Muchos monasterios se extinguieron. Y decayó, consecuentemente, la espiritualidad en la cultura popular.

Los mongoles devastaron Rusia, excepto Nóvgorod y Pléskov, (*“la ciudad de las aguas puras”*). Se rompen así los lazos históricos con Bizancio, al tiempo que caen en la ruina, o desaparecen, muchos de los centros productores de iconos. Hay entonces un retroceso en la vida de fe. Los fabricantes de iconos tenían que ganarse la vida, como es lógico, y buscan trabajo y refugio en las escuelas monacales de Novgorod. Ajena a la ocupación mongólica, Novgorod se convirtió en el principal centro artístico del país, aunque más tarde será suplantado por Moscú. Lamentable, pues, el acontecimiento de la devastación rusa por los mongoles.

El otro acontecimiento fue, a mitad del siglo XV, *la caída de Constantinopla* en poder de los turcos.

Pero la estrella en la frente de María siguió iluminando, más allá de los avatares de la política y de la historia, las noches en que la fe pareciera oscurecerse.

El icono preside los hogares

Los iconos no son simples objetos de adorno o decoración. Son objetos religiosos. Por eso, son colocados en un lugar privilegiado de la casa. Son una invitación a que la familia rece. A que la familia piense en Dios. En una palabra, a que todos busquen a Dios.

Paul Evdokimov, que fue un importante teólogo ortodoxo en el siglo XX, escribió: *“Un visitante, al entrar, se inclina ante el icono, recoge la mirada de Dios y enseguida saluda al dueño de la casa. Se empieza rindiendo honor a Dios, y los honores rendidos a los hombres vienen después. Punto de mira, nunca decoración, el icono centra toda la estancia en el resplandor del más allá”*.

A pesar de que Europa se ha ido descristianizando notablemente, no obstante, se observa todavía hoy en día cómo en muchos hogares se mantiene la costumbre de colocar un altarcito, ya sea sobre una mesita, ya sea en algún nicho en la pared, si se trata de una imagencita. Si es un icono, suele estar colgado de la pared, incluso adornado con dos farolitos de luz tenue, uno a cada lado. Y, de veras, qué hermosos quedan los iconos, sobre todo cuando es lo primero que uno ve al entrar a una casa. A parte de ser un testimonio de fe cristiana de la familia.

Tratándose del Icono del Perpetuo Socorro, está en infinidad de casas. Y son innumerables las iglesias que lo ostentan. Incluso, muchos templos, parroquias, santuarios, llevan su nombre. Si están regentados por los Redentoristas, por descontado.

Otras veces, innumerables veces, vemos el cuadro ya sea en una pared lateral del templo, ya sea en un altar lateral, o en el retablo principal.

Si en ese momento se repasa un poco el historial de dicho templo, nos encontramos con que por allí ha pasado algún Redentorista predicando la santa Misión. O algún novenario, o charlas cuaresmales, etc. De ello da fe, a buen seguro, el cuadro del Perpetuo Socorro.

Por esos mundos de Dios

Suele decirse que el misionero no tiene patria. Sí que la tiene. El mundo entero es su patria. Su vocación misionera le hace al misionero estar disponible a tiempo completo para ir donde sea preciso a llevar el Evangelio. El misionero es un sembrador de la Palabra. Y siendo, tantas veces, dura humanamente la vida que el misionero lleva, se siente feliz.

El misionero por vocación, es un ser feliz. Porque no es un asalariado. Su corazón, sus amores, su patria..., los ha puesto en el corazón de Dios. Y de esta manera, se siente libre y universal, andando *“por esos mundos de Dios”*.

Al misionero se le presentan cantidad de situaciones y anécdotas que, puestas a plasmarlas por escrito, darían para muchos libros. En distintos medios he contado algunas de ellas. También la siguiente, que me permito incluir aquí:

Resulta que una tarde de tantas, y según la costumbre, entré a rezar al hermoso Santuario de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, que los misioneros Redentoristas dirigen en Torreón, Coahuila, al norte de México. Hermoso y, sobre todo, concurrido santuario. A todas horas del día se ve gente en las bancas, rezando.

Pues bien, según acababa de entrar, se me acerca una señora, bastante joven, por cierto. Intuí que quería hablarme. Me detuve. Se me acerca. Y, sin más, me dice:

—Yo no soy católica. Mire, soy protestante.

—¡Vaya...! Bien, ¿y en qué puedo servirle?

—Pues..., mire, resulta que tengo dos niños estudiando en ese colegio que está ahí cerquita, ahí no más. El otro día, al regresar de dejarlos en el colegio, se me ocurrió entrar en el santuario, donde nunca antes había entrado. Ya le digo que soy protestante. Entré. Me quedé mirando desde la puerta y, ¿sabe lo que más me llamó la atención? Pues me llamó la atención ese hermoso cuadro que está en el altar.

Efectivamente, en el altar hay un cuadro grande y hermoso pintado al óleo que ocupa gran parte del retablo. La joven señora continuó:

—¡Qué hermoso cuadro, de veras! Pero lo que me fascinó de verdad fueron los ojos de la Virgen. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos! Me quedé mirándolos. Me llené de paz. Mucha paz. Ahora, todos los días, cuando regreso de dejar

a mis niños en el colegio, entro, me quedo mirándolos un ratito y luego me voy llena de paz. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos!

En mi vida de misionero he tenido varias y muy emotivas, algunas, experiencias con protestantes. Pero esta sencilla conversación con aquella mujer, joven madre, me llegó muy dentro del alma. La había escuchado atentamente. Le respondí:

—Señora, ¡cómo le agradezco sus palabras! Pero mire. ¿De modo que usted no sabe qué tienen esos ojos...? Pues yo sí sé qué es lo que tienen. Se lo voy a decir. ¡Tienen que son los ojos de la Madre! ¡Por eso tienen y dan tanta paz...!

Aquella joven mujer, a fin de cuentas, madre también, comprendió perfectamente mi respuesta. Su rostro se iluminó con una amplia y dulce sonrisa. Expresó un muy mexicano: ¡Gracias! Y se fue.

Sin duda necesitaba, pensé, comunicar a alguien sus sentimientos, su gozo y su alegría.

Me volví hacia el Icono de la Virgen y le dije: ¡Madre del Perpetuo Socorro!: ¡Gracias! ¡Sigue protegiendo y bendiciéndonos a todos, incluidos los protestantes! ¡También son tus hijos!

María alivia nuestros males

Contaré otra anécdota, que es más bien un testimonio directo. Me encontraba predicando la Novena del Perpetuo Socorro en la hermosa iglesia de san Francisco, en Morelia, Estado de Michoacán, México.

El templo abarrotado de gente todos los días, se palpaba además el fervor. Casi para terminarse ya el Novenario, invité a que se acercaran al micrófono del ambón las personas que quisieran. Y si tenían algún testimonio interesante que dar, por algún favor concedido por la Virgen del Perpetuo Socorro, que lo dieran.

Fueron bastantes las personas que se acercaron. Pero el testimonio que más caló en el público, también en mí, fue el de una señora de mediana edad. Resulta que tenían que amputarle una pierna. No quedaba otro remedio. Le hicieron todos los estudios pertinentes previos a la operación. Los médicos señalaron día y hora de la intervención. Pero, momentos antes de anestesiarla, pidió a una de las enfermeras lo que, para ella, la paciente, era un gran favor. Que le pusiera en el quirófano, a como diera lugar, la estampita del Perpetuo Socorro que ahora mismo tenía bajo la almohada. La enfermera se lo prometió. Y la bajaron al quirófano.

Cuando de vuelta a la habitación despertó de la anestesia, dijo que no sentía nada. Ningún dolor. Trató entonces de palparse el lugar donde había estado la pierna. Pero, ¡oh sorpresa!, la pierna ahí seguía. Y no le dolía. ¿Cómo era posible que la pierna siguiera en su sitio?

La enfermera, que permanecía sonriente y callada a su lado, le dijo entonces: “Mire. Hice lo que usted me mandó. Puse la estampita en el quirófano. Todo estaba listo. Pero cuando el médico cirujano estaba a punto de amputar la pierna se detuvo, miró a los demás médicos que le ayudaban, y dijo que no amputaba, que la pierna estaba sana. Ante la sorpresa e incredulidad general, se acercaron los otros médicos, observaron detenidamente... ¡La pierna estaba sana! No ha habido operación. Su pierna está curada”.

Una honda emoción recorrió el amplio templo cuando esta mujer fue contando su testimonio. No era una invención suya. Los papeles de los médicos, que llevaba en mano y que todos pudimos ver, avalaban y certificaban la inexplicable curación.

Humanamente hablando, aquello era inexplicable. Pero la fe mueve montaña. Y como Cristo tantas veces decía: “Tu fe te ha curado”. Aquí, la Virgen había intercedido, sin duda, para su curación.

Ecuménico Icono

Desde la iglesia de San Alfonso, en Roma, donde el Icono original del Perpetuo Socorro fue colocado en 1866, su devoción abarca el mundo entero. Es un Icono verdaderamente ecuménico. Es el Icono que une Oriente y Occidente. Católicos y Ortodoxos.

Lo mismo se le honra en Rusia, que, en Singapur, Bombay (India), o en Baclaran (Filipinas). En España, que, en cualquier país de América, de África, de Europa, o de Asia. Es el Icono más ecuménico y universal.

Mucho se debe, en cuanto a la difusión y devoción a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a los misioneros Redentoristas. Ellos han sido y siguen siendo sus grandes paladines.

A esta difusión, cariño y devoción al Perpetuo Socorro, contribuye también el hecho mismo de que muchos Redentoristas son también de rito católico ortodoxo. Eso supone, además, una gran riqueza ecuménica.

A esto hay que añadir la ingente cantidad de laicos cristianos trabajando en connivencia con los Redentoristas, y las Redentoristas. O con las Oblatas del Santísimo Redentor. Alrededor de una veintena de Congregaciones religiosas femeninas tienen mucho que ver también con nuestra Congregación redentorista. Para la gran Familia redentorista, religiosos, religiosas y laicos, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro es el Icono misionero, emblema de la Congregación.

Y, según parece, y ha quedado reseñado, san Alfonso, lo mismo que los de su entorno y tiempo, como san Gerardo Majella, san Clemente Hofbauer, o el beato Gennaro Sarnelli, no conocieron el Icono del Perpetuo Socorro, los demás santos, beatos y venerables, como san Juan Neumann o los beatos Pedro Donders, Kaspar Stanggassinger, Francis X. Seelos,

Dominick Methodius Trcka, Vasil Velychkovskyj, Nicolás Charnetskyj, Zenon Kovalyk e Ivan Ziatyk, a los que hay que añadir los mártires de la guerra española, recientemente beatificados: Xavier Gorosterratzu Jaunarena, Ciriaco Olarte Pérez de Mendiguren, Miguel Goñi Ariz, Julián Pozo Ruiz de Samaniego, Pedro Romero Espejo, Victorino Calvo..., ellos sí conocieron y propagaron la devoción al Perpetuo Socorro.

A los santos y beatos redentoristas, quiero añadir la figura entrañable y cordial de Mons. **Oscar Arnulfo Romero**, el obispo mártir, con quien tuve la suerte de disfrutar de muy buena amistad, en El Salvador. Monseñor Romero no fue Redentorista, pero estuvo muy unido a la Congregación por dos motivos: las *Misiones Populares Redentoristas* (será difícil encontrar en el Salvador ciudad o cantón que no hayan sido misionados por los Redentoristas), y por el gran amor que profesaba a *Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro*.

Es de justicia que, al fin, sea canonizado el 14 de octubre de este 2018. La Iglesia salvadoreña le debe mucho a este auténtico Pastor. Haber disfrutado de su amistad es un regalo muy grande del cielo. Desde estas páginas me uno al gozo y acción de gracias de la Iglesia salvadoreña por la canonización de Monseñor Romero, resucitado en la fe de su Pueblo.

Y bien, ante el Icono han rezado cientos de Redentoristas, y con ellos, multitud ingente de personas en todas partes del mundo.

Bajo la mirada de la Virgen del Perpetuo Socorro se han predicado miles de misiones, y otras predicaciones, en el mundo entero.

Es que, el Icono tiene un atractivo especial. Es el Icono misionero por antonomasia.

Labor de Editoriales de libros y de los Misioneros

De un lado, las Editoriales de Libros, Revistas y Publicaciones religiosas dirigidas por Redentoristas, y otras que no pertenecen a los Redentoristas, han contribuido enormemente a la difusión, conocimiento y devoción al Perpetuo Socorro. Son muchas las Revistas religiosas que llevan su nombre, que llegan cada mes puntualmente a millares de hogares, en distintos países. Incontables son los folletos y libros devocionales editados. Millones de estampas repartidas. Por millares se cuentan los objetos religiosos, como medallas y otros, con la imagen de la Virgen.

Y de otro lado, la labor más eficiente la han hecho, y siguen haciendo, a través del tiempo y por medio de las Misiones populares, los Misioneros. Sea directamente en el campo de misión, o a través de las parroquias y santuarios dedicados al Perpetuo Socorro.

En fin, difícil resulta encontrar una persona cristiana, católica u ortodoxa, que no conozca a la Virgen del Perpetuo Socorro, sea en estampas,

medallas, etc. Sin contar a tantos miles de feligrés en contacto directo con los Redentoristas a través de las Parroquias o Santuarios servidos por ellos.

Vale la pena reseñar lo siguiente. Al año siguiente, 1867, de ser colocado el sagrado Icono en la iglesia de San Alfonso, llegó la primera copia del mismo a Huete (Cuenca). Fue ésta la primera fundación redentorista en España. Pues bien, fue allí donde la Virgen realizó el milagro de devolver la vista a un niño ciego, llamado Lucas.

En España la Virgen del Perpetuo Socorro es Patrona oficial de varios hospitales, colegios, y entidades públicas, como Sanidad Militar, Colegio de Médicos, Ministerio de Gobernación, Seguro Español, Beneficencia Municipal de Madrid, Instituto de Previsión Social, Ministerio de Hacienda, Samur, etc. Y de muchas personas que se honran de llevar su nombre. Que la Madre buena del Perpetuo Socorro siga derramando su abundante bendición sobre el mundo entero.

EL ICONO DE COPIOSA REDENCIÓN

Cada Orden o Congregación religiosa tiene un lema. El de la Congregación Redentorista es: “*Copiosa apud Eum Redemptio*” (que significa: “*Abundante Redención en Él*” (en Cristo)).

Siendo Cristo el Redentor, el autor de la Redención, nos la da a manos llenas. No ha escatimado nada para salvarnos. Quiere la salvación de todos.

Se valió de una Madre, para venir al mundo. Fue la primera en colaborar en la obra de la Redención. El “*Sí*” que María dio a Dios en la Anunciación, lo cumplió a cabalidad.

María es el mejor modelo para seguir a Cristo. Por eso, todos los fundadores, y fundadoras, de Órdenes o Congregaciones religiosas, han elegido a María como modelo e inspiración de vida consagrada y religiosa. Y de seguimiento de Cristo.

A los Misioneros Redentoristas nos ha cabido el inestimable e inmerecido honor de dar a conocer al mundo entero el sagrado Icono. Fue el mandato del Papa Pío IX: “*Dadla a conocer al mundo entero*”. Y por la gracia de Dios lo hemos cumplido y seguiremos cumpliendo.

San Alfonso M^a de Liguori, el cantor de *Las Glorias de María*, puso como Patrona de la Congregación a la Inmaculada, mucho antes de ser proclamado el dogma. No hay indicios de que San Alfonso conociera el sagrado Icono del Perpetuo Socorro. Pero al entregárnoslo el Papa Pío IX, pasó a ser Copatrona de la Congregación.

Es un placer invocar a María con el dulce nombre de Perpetuo Socorro.

Querido lector/a: ámala, como la amamos todos sus devotos. Y como la amó Monseñor Oscar Romero. Y esfuérzate porque también otros/as de tu entorno la amen. Gracias.